Clásicos Básicos del Personalismo

EMMANUEL MOUNIER (II)

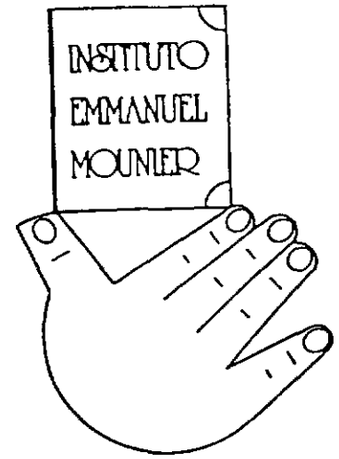
ANTONIO RUIZ

nº 3

INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER

EMMANUEL MOUNIER (II)

ANTONIO RUIZ



Edición para uso interno del I.E.M.
Primera edición: Noviembre de 1990
INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER
C/ Melilla 10, 8º D
28005-MADRID

INDICE

INTRODUCCIÓN 5

1.- EL HOMBRE MOUNIER 7

1.1.- Autorretrato 7
1.2.- Ser joven 8
1.3.- Dolor por la muerte de un amigo 8
1.4.- El valor del obstáculo 9
1.5.- La persecución del justo 15
1.6.- Experiencia religiosa 15
1.7.- El evangelio de los pobres 17
1.8.- Optar por la pobreza 18
1.9.- Inteligencia y fe 19
1.10.- La profundidad del universo 19
1.11.- Amistad 20
1.12.- Descubrir los repliegues del amor 20
1.13.- Un niño entre los hombres 20
1.14.- El amor multiplica el amor 21
1.15.- El amor no es un notario 21
1.16.- Amor y libertad 21
1.17.- Buscar el centro de nosotros mismos 22
1.18.- Convencer al milagro 22
1.19.- Nuestros amigos no creyentes 22

2.- LA REVOLUCION NECESARIA 25

2.1.- La expropiación del individualismo 25
2.2.- El humanismo reivindicador 25

2.3.- El individualismo: metafísica de la soledad 26
2.4.- El lenguaje sublimado del individualismo 26
2.5.- La revolución personal 26
2.6.- Lo espiritual en la revolución 28
2.7.- Revolución entre los revolucionarios 29

3.- POR UNA CULTURA PERSONALISTA 31

3.1.- Pacifismo 31
3.2.- Cultura personalista 33
3.3.- Conocer a la persona 35
3.4.- Persona y comunidad 38
3.5.- Crear prójimo 41
3.6.- Hospitalidad 41
3.7.- Generosidad-avaricia 42
3.8.- El juicio fraternal de la mirada del otro 45
3.9.- Aislamiento 46
3.10.- Indiferencia 46
3.11.- Desconfianza 47
3.12.- Tristeza 47
3.13.- Esperanza 47
3.14.- El milagro del acto creador 48
3.15.- El afrontamiento 49
3.16.- El riesgo 51
3.17.- Las razones de vivir 52
3.18.- El testimonio 52
3.19.- La vocación 53
3.20.- La libertad 54
3.21.- Hombres de fidelidad e independencia 55
3.22.- Persona y familia 55
3.23.- Honrarás padre y madre 56

INTRODUCCIÓN

Hacer una selección de textos es cometer una arbitrariedad Pasar por las tijeras del propio gusto, a veces incluso del capricho, unos textos que nacieron para ser leídos como un todo es un crimen no menor que recortar de un cuadro una cabeza o arrancar las manos de una estatua. El autor de esta tropelía espera que se considere como atenuante la intención de que el lector, empicado por lo que aquí se le ofrece, se decida a acudir a los textos completos para captarlos en toda su frescura y originalidad y no sometidos a las manías del que selecciona.

Los textos aquí presentados tienen, a pesar de lo dicho, la pretensión de una cierta sistematicidad. El criterio que hemos seguido ha sido ofrecer los rasgos que permitan esbozar un perfil de la personalidad espiritual de Emmanuel Mounier A pesar de haber vivido sólo 45 años, su figura posee una cierta complejidad. hombre de reflexión, pero también organizador y activo en la tarea de la fundación de la revista Esprit" y en la animación de los grupos del mismo nombre; hombre de cultura, pero con una experiencia de fe que fascina a quien se acerca a los raros destellos que nos ha dejado; de talante meditativo, pero empeñado en hacer valer su vida por el compromiso en favor de una nueva civilización; atento a lo mejor de la tradición occidental. pero preocupado por descubrir los rasgos del hombre nuevo; hombre de actividad pública, pero con un extraordinario cultivo de la amistad y la vida familiar. Por debajo de este mosaico, dando unidad al conjunto, está su personalidad, su manera irrepetible de ser persona. Es eso lo que hemos buscado, teniendo en cuenta sus propios escritos personales y su correspondencia, por un lado, y los textos que fueron escritos para su publicación por otra. Ojalá que el lector pueda hacerse una idea, aunque sea somera, de lo que fue el hombre E. Mounier y percibir la secreta fuerza que animó su vida y su obra.

Sólo nos queda hacer una observación. Las páginas de los tomos I, II y III se refieren a la edición francesa, publicada en las Ed. du Seuil, en París. En cambio, las páginas del tomo IV se refieren a la edición española publicada en Ed. Sígueme, de Salamanca, de cuya traducción me encargué yo mismo. El tomo III está ya a la venta desde Noviembre de 1990.

Antonio Ruiz

1.- EL HOMBRE MOUNIER

1.1- Autorretrato

"Yo soy un montañés. Una mañana -sería maravillosa por todas las convergencias y las sorpresas que la habrán hecho amanecer- os llevaré a un verdadero lago de montaña, cuando las rocas son una muralla de acero de las que cuelga la noche y cuando hacia el Poniente está ya el terciopelo y la animación tibia de un rostro viviente. Ya veréis: ni una arruga en la superficie, una nitidez inhumana, pero el torrente ruge en el fondo y, si miráis bien, en esta superficie no hay metal, ni espejo, sino la fina piel de un ojo húmedo.

Si no fuera demasiado bello -y, por tanto, un poco pretencioso por mi parte el establecer la similitud-, os diría que soy un poco de aquel agua. El más inseguro por temperamento, el más salvaje de gustos, soy, en resumidas cuentas, espontáneo, y hecho para la contemplación distraída del cielo y de la tierra más que para los arranques y los dogmatismos. Pero una linfa a la que no agría ninguna irritación, un linfático sentado en una butaca, una piel que no sabe moverse desde los ojos al mentón, desde la boca a las orejas, y, sobre todo, un aspecto de estar poniendo siempre orden (mi escritorio aparte: en esto es la naturaleza la que asoma). Ya os digo, un caleidoscopio: agitadlo en todos los sentidos, siempre se producen figuras geométricas... Por aquí debéis rodear si queréis llegar a Mounier, no el Mounier famoso, el Mounier que es un pobre hombre como cada cual, sino sencillamente Mounier o, mejor, Emmanuel, y no el jefe de sección del personalismo.

-Ah!, al Mounier ordenador no lo aborrezco completamente; sí, es la luz lo que le gusta y no el reglamento; ya sabéis, la luz es la mirada y, ¿qué es lo que puede pedir ayuda como la mirada?, pero, en definitiva ese Mounier me molesta con sus gestos correctos y, si queréis que os confiese un crimen, os diré que paso el tiempo asesinándolo en la sombra. No quiero conservar más que su mirada clara sobre un corazón que los hombres me darán..." (1936, IV, 463-464).

"Lo que yo esperaba de la vida era encontrar personas... y sabía bien lo que esto quería decir: encontrar el sufrimiento. Siendo niño, de los doce a los veinte años, yo soñaba con lo que sueñan todos los niños por la noche antes de dormirse, o cuando

en los caminos se llena uno de aire, de futuro y de esas canciones interiores. Ahora bien, siempre era en el sufrimiento, me acuerdo muy bien: un accidente, una enfermedad, un duelo, cuyo encuentro me imaginaba. Esto no disminuía de ninguna manera la juventud, el frescor; por el contrario, me parecía que yo no podía figurarme la alegría más que compartiendo el sufrimiento. No se trataba en absoluto de historias de caballerías; sólo encontraba gusto por lo real en medio de estas circunstancias. El día, en el momento de los ojos abiertos en que los sueños se retiran, era parecido..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 1 de septiembre de 1933, IV, 467).

1.2- Ser joven

"Bergson ha dicho que el arte era una manera virginal de pensar y de obrar. Incluso de mantener en sí mismo la llamita, la pequeña fuente que canta; una ilumina y caldea nuestar vida interior, la otra le da su frescor y su limpieza, su espontaneidad; ser siempre ofensivo, agresivo con frecuencia ante la vida, abierto para recibir, comprender, simpatizar, tenso para irradiar y darse, generoso, es decir, sobreabundante en este doble movimiento de enriquecimiento y de expansión; en una palabra, crear siempre, en sí o fuera de sí, es el secreto de la juventud perpetua. La juventud, en este caso, se desarrolla con los años, que le aportan una plenitud cada vez más rica. Y se llega al umbral, a los ochenta y siete años, como el P. Pouget, amigo e inspirador de Chevalier, o como su otro amigo, lord Halifax, con un frescor de alma que no conocen nuestros veinticinco años balbucientes y titubeantes, o como James: "No, no puedo morir, pues empiezo a sentirme capaz sólo de vivir".

Esto no es filosofía... o bien es la mejor filosofía, la que parte de las reglas ocultas del alma donde se acurrucan, reconciliados, la verdadera inteligencia y el amor..." (A su hermana, Madeleine Mounier, 26 de noviembre de 1926, IV, 475).

1.3.- Dolor por la muerte de un amigo

"...Acabo de pasar dos horas con el amigo parisino de Georges. Hemos vuelto a leer algunas de sus cartas en las que se expansiona con esa mezcla de travesura y de pesimismo profundo que le hacía ser él mismo, con su visión dolorosa y apasionada de la vida... -Esta conversación, este pasado removido, todas estas cosas palpitantes de vida se iluminaban en el fondo de un pequeño café de la calle Gay-Lussac, en medio de unas personas anónimas cuyo cerebro está relleno de algunos billetes, una barra de labios, el bridge de la tarde o el ligue del día siguiente. Cuanto más se vive, más cerca de Pascal se vive: esta inquietud divina de las almas insatisfechas, sólo cuenta esto. Oh, los espíritus limitados, las personas sentadas en una cátedra, en la tribuna, en sus butacas, las personas satisfechas, los inteligentes, los u-ni-ver-si-ta-rios...! Ya ves, es necesario a cualquier precio que hagamos algo por nuestra vida. No lo que los

demás ven y admiran, sino la proeza que consiste en imprimir el infinito en ella" (A su hermana, Madeleine Mounier, 12 de enero de 1928, IV, 486).

"...Se me olvidaba decirle, creo, que la tarde en que lo amortajé fui a escuchar **Las Bienaventuranzas** de César Franck, mientras que cualquier otro espectáculo me habría resultado insoportable... Fui al concierto como a una plegaria. Decirle lo que sentí y comprendí en tres horas de tiempo me resultaría imposible. Como en un éxtasis, con el alma desnuda como estaba aquella tarde, sentí pasar todo el problema humano; tuve, se lo digo sin rodeos, como una alucinación de lo divino. El P. Franck me había transmitido lo que él había ido a arrancar más allá de las estrellas.

Qué cierto es que el sufrimiento nos abre los caminos de Dios. A pesar de lo irreparable, estos días son de los más ricos; por adelantado, se los rechazaría; después no se querría haber dejado de vivirlos..." (A Jacques Chevalier, 25 de enero de 1928, IV, 486-487).

1.4.- El valor del obstáculo

"...Algunos días sabemos ser felices de una manera inconsciente y pueril: pero no somos de los que esperan la felicidad de los acontecimientos, como una receta; esto no es un sacrificio muy grande, pues sabemos muy bien que la felicidad no basta para ser felices.

Un día u otro hay que aceptar o querer la conversión que tenemos que hacer nosotros, los cristianos hereditarios, de manera más violenta que cualquier otro; o aceptar el prejuicio de la indiferencia, de descargarnos en cualquier momento del peso de nosotros mismos, de esa exigencia obsesiva siempre herida que busca por todas partes un motivo siempre rechazado, y ser feliz con todos los hallazgos de la vida en nuestra suerte, hasta llegar a las incómodas fecundidades del sufrimiento, porque la vida sobrenatural florecerá cuando nosotros la aceptemos en solitario; o consentir con un pequeño cristianismo de apaños y decepciones en el que nosotros nos embrollaremos piadosamente en nuestros propios brincos.

Comprende que no se trata de austeridad en mi discurso, sino de sustituir una orientación del alma por otra hasta en la alegría. Hay mucho que corregir en cualquier vida, en la mía tanto como encualquier otra, y no nos quedamos fijos en un lugar más que en la medida en que consentimos con ello. Si los acontecimientos que preparo se resisten(1), estoy dispuesto a sacar tanto provecho de un exilio perpetuo en un pequeño instituto de provincias como de una situación expuesta y activa; estoy dispuesto a guardar el tesoro aunque sea a través de las monotonías y las tristezas transfiguradas. Péguy decía que la desesperación es el gran pecado porque la desesperación

(1) Se refiere a la fundación de la revista Esprit.

es la negativa a sacar partido de las fecundidades del infortunio..." (A su hermana Madeleine Mounier, 17 de abril de 1931, IV, 542).

"...La angustia se vale de nosostros a veces: ya te he contado. Hay momentos en que hasta los santos dudan de todo, de su amor y de Dios. Ninguna luz se entrega sin esta noche, Cristo ha cargado en una sola noche de angustias y de dudas ("Padre, ¿por qué me has abandonado?") todas nuestras noches oscuras...

...No se es decididamente grande... hasta que la vida no te ha puesto en la prueba de negarte rotundamente y sin apelación algo que deseabas con todas tus ganas..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 3 de enero de 1934, IV, 617).

"...Hay que transformar en alegría todo lo que la fortuna nos niega. Chatenay (2) era quizás una tentación de fortuna; yo quisiera sobre todo que tengas el mínimo de calma para poder ser sufrimiento en el sufrimiento, esperanza en la esperanza... Vamos a inventar una nueva clase de presencia en la inseguridad total, tan próxima a la que ha sido nuestra durante meses. Todo esto será más fácil de lo que se piensa en el transcurso de los días. No estábamos hechos para momentos fáciles, eso es todo. Pero es necesario que juntos hagamos hermosos los momentos que nos sean dados. Hace poco, al marchar por el camino, he intentado hacer cantar mi corazón. No me ha costado mucho. Me bastaba con pensar... que cualquier sufrimiento integrado en Cristo pierde su desesperanza y su misma fealdad..." (A Paulette Mounier, su esposa, 4 de septiembre de 1939, IV, 721).

"... Todo es posible con los datos que tengamos. Por un lado, la fe me parece como el universo donde no hay catástrofes. Hay desgarros y tristezas, pero nada que pueda producirnos angustia, impotencia o abandono total. Y además sabemos que cada prueba no es algo negativo (Chatenay no será realidad, Francisca no será normal, etc.), sino un anticipo de Cristo, que nos pide dulcemente: "¿Quieres llegar a ser un poco más, quieres aprender un poco más lo que es el amor, al que la felicidad aparta?". Con todo mi corazón, con todo nuestro corazón, espero que Francisca sea lo que nos gustaría que fuera, pero si Dios quisiera otra cosa, no estoy seguro de que no encontraríamos una alegría espiritual mayor haciéndola caminar por caminos oscuros que haciendo de ella una mujercita corriente... (A Paulette Mounier, su esposa, 6 de octubre de 1939, IV, 730).

"...Me siento profundamente tranquilo y confiado ante la recaída de la niña. No temas contármelo todo.

Las seis y media. Acabo de llegar a mi habitación. Al subir en la penumbra, pensaba en nuestras pruebas. Qué poco y qué mal realizamos esta situación cristiana: **Viator, caminante**. El que avanza sólo con vistas a un fin y sólo vive por el fin desprecia todas las pequeñas molestias del viaje porque al final encontrará su fin, los suyos, su

(2) Mounier acaba de ser movilizado, lo que le obliga a renunciar a un sueño acariciado largamente: la fundación en Chatenay de un lugar de convivencia de varios matrimonios. Por otro lado, ha dejado atrás a su primera hija afectada por una enfermedad grave e incurable, que la mantendrá en un coma profundo hasta su muerte unos años después.

obra. Yo intentaba volver a encontrar en las vivencias adolescentes, completamente orientadas hacia lo imprevisible, el universo en que Francisca es la niña que poseemos con toda nuestra alma en el paraíso (y qué importa si su sueño total se prolonga un poco más o un poco menos), el universo en que debemos vivir nosotros, que persigue la eternidad y es presencia de Cristo, en el que todas nuestras decepciones del tiempo volverían inmediatamente a su sitio y todos los sufrimientos se transformarían inmediatamente en ofrendas de alegría. Hacemos el ensayo a pequeños pasos. Sólo nos queda ser cristianos a cuerpo descubierto, si no queremos zozobrar con todo..." (A Paulette Mounier, su esposa, 17 de octubre de 1939, IV, 732).

"Para **nuestros** proyectos, existe el tiempo perdido: yo no recuperaré nunca este retraso, no acabaré jamás este libro, etc., etc. Para la fe y el abandono no hay más tiempo perdido que el tiempo que **yo** pierdo porque le opongo ciertas negativas interiores (yo querría para tí Chatenay, yo querría para tí una Francisca sonriente, yo querría para tí que no hubiera ningún despacho militar, yo querría para tí etc., etc.). El menor desgarro que nosotros pongamos sin elocuencia vana, para fecundarlo, en este inmenso crisol del Monte de los Olivos donde han venido a arremolinarse todos los sufrimientos ofrecidos del mundo (y hay sin duda más de uno mal ofrecido), la menor molestia que nosotros soportemos en comunión con los que llevan algo parecido, todo lo que ofrecemos a la esperanza nos traerá días más plenos que muchas situaciones que nosotros hemos soñado. El hecho de que no siempre **sintamos** su gracia forma parte de su destino de momentos cristianos, que exigen su parte de tristeza y de desolación... (A Paulette Mounier, su esposa, 10 de noviembre de 1939, IV, 734-735).

"Bueno. La opinión de un médico es la opinión de un médico, ya lo sé. Y existen milagros secretos. Pero cuando rechazamos cada día el milagro de la santidad, el único que depende de nosotros, ¿cómo podemos pedir milagros gratuitos? Indudablemente, es necesario que participemos de la permanencia de la Pasión en el tiempo, en los hombres con los que me cruzo en la calle, en los burócratas de mi alrededor que me exasperan y en esta mediocridad que deja instalarse en mí por otra cosa que no sean artículos o "impulsos generosos". Yo no sé por quién trabaja esta carita pobre y oscurecida, esta herida en nuestro costado que durará quizás años y años..." (A Jéromine Martinaggi, 3 de marzo de 1940, IV, 751 - 752).

"...El último estado de Francisca ha creado una gran tristeza profunda que señalará indudablemente el fin de mi juventud empírica. Pero la indesarraigable esperanza se agarra a sus últimos asideros y yo tengo la suerte de establecerme rápidamente en este estado, en el que uno se pregunta qué parte tiene el **habitus** cristiano, qué parte tiene la costumbre sin más y qué parte el temperamento. Y me inunda dulcemente una nueva, una inmensa ternura hacia una niña herida, cuya imagen escondida sería nuestra espera humana más hermosa para el más allá del tiempo..." (A Paul Fraisse, 8 de marzo de 1940, IV, 752).

"...Qué sentido tendría todo esto si nuestra muchachita no fuera más que un pedazo de carne hundido no se sabe dónde, un poco de vida accidentada y no esta blanca hostia que nos sobrepasa a todos, una infinitud de misterio y amor que nos des-

lumbraría si lo viéramos cara a cara; si cada golpe más duro no fuera una nueva elevación, que es una nueva cuestión de amor cuando nuestro corazón empieza a estar acostumbrado y adaptado al golpe precedente. Oyes la pobre vocecita suplicante de todos los niños mártires del mundo y el pesar por haber perdido la infancia en el corazón de millones de hombres que nos piden como un pobre a la vera del camino: "Decidnos, vosotros que tenéis amor y las manos llenas de luz, vosotros queréis dar también esto por nosotros".

Si no hacemos más que sufrir -experimentar, aguantar, soportar-, no resistiremos y fallaremos a lo que se nos ha pedido. De la mañana a la tarde, no pensemos en este mal como algo que se nos quita, sino como algo que damos, para no desmerecer de este pequeño Cristo que está en medio de nosotros, para no dejarle solo en el trabajo con Cristo...

...No quiero que perdamos estos días porque olvidaremos tomarlos por lo que son: días llenos de una gracia desconocida..." (A Paulette Mounier, su esposa, 20 de marzo de 1940, IV, 752-753).

"...Siento igual que tú un gran cansancio y una gran calma a la vez, siento que lo real, lo positivo, es la calma, el amor de nuestra pequeña hija que la desborda, que sale de ella, vuelve sobre ella y nos transforma con ella; y siento que el cansancio se debe solamente a que el cuerpo es muy frágil para esta luz y para todo lo que había en nosotros de habituado, de "posesivo", con nuestra niña que se rompe lentamente para un amor más hermoso...

...Sólo nos queda ser lo más fuertes que podamos con la plegaria, el amor, el abandono y la voluntad de mantener la alegría profunda del corazón..." (A Paulette Mounier, su esposa, 11 de abril de 1940, IV, 753).

"...Nos encontramos en la misma encrucijada, como pobres niños, tan débiles como siempre, con las piernas cansadas y el corazón fatigado y lloroso. Y la misma mano se pone sobre nuestro hombro, nos muestra toda la desgracia humana, todos los desgarros de los hombres, los que odian, los que matan, los que hacen muecas -y los que son odiados, los que son matados, los que son deformados por la vida y toda la dureza de los propietarios-, y después nos muestra a esta niña totalmente llena de nuestras imágenes sobre el futuro. Y esta mano no nos dice si nos la tomará o si nos la devolverá, pero, al dejarnos en la incertidumbre, nos dice: "Dadnos a esta niña por ellos". Y dulcemente, juntos, corazón con corazón, sin saber si El la guardará o nos la devolverá, vamos a dársela a El. Porque nuestras pobres manos débiles y pecadoras no son suficientes para tenerla y porque sólo si la hemos puesto en sus manos tenemos alguna posibilidad de encontrarla de nuevo, estamos seguros en cualquier caso de que lo que ocurra a partir de ahora será bueno.

Así ocurre, ahora estamos en nuestra verdadera situación de cristianos.

Es muy hermoso ser cristianos por la fuerza y la alegría que esto da al corazón, por la transfiguración del amor, de la amistad, de las horas y de la muerte. Y después, se olvida la cruz y la noche de los Olivos .." (A Paulette Mounier, su esposa. 12 de abril de 1940, IV, 754).

"...Todos nuestros deseos de niño resisten, se desgarran, duelen: pero hay que decir con mucha claridad cuán fuertemente sentimos esos días en que entramos en nuestra condición de hombres, con el sufrimiento transfigurado (el otro es feo, no es aquél)... Uno de mis recuerdos más extraordinarios es el rostro con el que un día me anunció X... la muerte de su hijo, de la que se había enterado hacía dos horas. Una especie de alegría soberana sobre una conmoción total, pero que había dejado de ser conmoción, un rostro real y de simplicidad, de una simplicidad de niño pequeño. Ninguna palabra sobre la alegría del sufrimiento cristiano hará comprenderla como haber visto una vez un rostro tal en un punto culminante de su destino. Pase lo que pase, éste es el milagro que nosotros podemos hacer por nuestra pequeña, para merecer el milagro que vendrá de todas formas puesto que lo pedimos con buena voluntad, sea el milagro visible de la curación o el milagro invisible por el sacrificio de una fuente infinita de gracia cuyas maravillas conoceremos un día. Nada se parece más a Cristo que la inocencia sufriente... (A Paulette Mounier, su esposa, 16 de abril de 1940, IV, 754-755).

"...Mira cómo nos quieren. Mira la carta que me manda el bueno de Perroux. Yo le he escrito especialmente porque guarda una gran fidelidad a san Francisco (su patrón) y un corazón desbordante de generosidad.

¿Lourdes? ¿Lourdes? Estoy obsesionado con este nombre desde hace tres días. Tener el corazón lo suficientemente sencillo para ponerse en comunión con todos los que han creído en Lourdes. Si estuviera en la vida civil, creo que haría una locura y que la llevaría a Lourdes para no razonar sobre ello, sin **exigir** el milagro material, sino para ponerme en la fila y conocer en cualquier caso la alegría de ganar una niña siempre enferma, la alegría de haber creído en la gratuidad de la gracia de Dios (y no en su automatismo terapéutico), la alegría de saber que no se niega el milagro a quien lo recibe por adelantado bajo sus formas crucificantes, incluso quizás en un plazo... Sabes que Touchard tiene razón: Francisca está allí más presente que una niña encantadora y normal..." (A Paulette Mounier, su esposa, 17 de abril de 1940, IV, 755).

"...No hay nada que decir, sino que estemos más fuertemente que nunca unos con otros. Vivimos contigo todos los minutos, ya lo sabes... La suerte de Francisca no es ya un trueno en las esperanzas de verano, sino un eslabón fraternal de la gran desgracia humana, sin la cual estaríamos un poco a la zaga.. " (A Jacques Lefrancq, 11 de mayo de 1940, IV, 756).

"Presencia de Francisca. Historia de nuestra pequeña Francisca que parece deslizarse por días sin historia.

El primer aprendizaje fue superar la psicología de la desgracia. Este milagro que se rompió un día, esta promesa sobre la que se cerró la ligera puerta de una sonrisa tronchada, de una mirada distraída y de una mano sin proyectos, no, no es posible que sea un azar, un accidente. "Le ha sobrevenido una gran desgracia": alguien ha venido, era grande y no es una desgracia. No nos hemos echado sermones. No había más que guardar silencio ante este joven misterio que poco a poco nos ha invadido con su alegría. Me acuerdo de mis llegadas con permiso a Dreux, a Arcachon, con qué angustia la última... Sentía acercarme a esta cuna sin voz como a un altar, como a

algún lugar sagrado donde Dios hablaba como por un signo. Una tristeza penetrante y profunda; profunda, pero ligera y transfigurada. Y alrededor de ella, una adoración, no tengo otra palabra. Con toda seguridad, nunca he conocido de forma tan intensa el estado de plegaria como cuando mi mano le decía cosas a esta frente que no respondía nada, cuando mis ojos se arriesgaban hacia esta mirada distraída, que llevaba lejos, lejos por detrás de mí, no sé que acto emparentado con la mirada, un acto que miraba mejor que la mirada. Misterio que sólo puede ser de bondad; me atreveré a decir: una gracia demasiado grave, una hostia viva entre nosotros, muda como la hostia, resplandeciente como ella. Estos últimos días leía a Bremond. Si toda plegaria verdadera se fundamenta en la muerte de las potencias, sensibles, intelectuales y voluntarias, si la fina punta del alma del niño bautizado, como escribe no sé qué autor espiritual, es puesta en el instante del bautismo en comercio directo con la vida divina, ¿qué esplendores se ocultan en este pequeño ser que no sabe expresar nada a los hombres? Le hemos deseado durante muchos meses que se marchara si tuviera que quedarse así. ¿No es esto sentimentalismo burgués? ¿Qué quiere decir para ella "ser infeliz"? ¿Quién puede decir que ella lo es? ¿Quién sabe si no se nos ha pedido que guardemos y adoremos una hostia entre nosotros, sin olvidar la presencia divina bajo una pobre materia ciega? Mi pequeña Francisca, tú eres para mí la imagen de la fe. Aquí abajo la conoceréis en enigma y como en un espejo...

...En esta historia, nuestra "desgracia" adquiría un aspecto de evidencia, una familiaridad aseguradora o, mejor, no es ésta la palabra, una familiaridad comprometedora: una llamada que no denotaba ya fatalidad.

Llegó la guerra y anegó nuestra desgracia en la gran calamidad común. Así sumergida, el peso se ha hecho más ligero. La guerra ha deparado a P. los momentos más atroces de soledad y angustia en septiembre y en abril. Pero, a pesar de estos momentos, esa guerra ha acabado de curarnos de la enfermedad de Francisca. Tantos inocentes desgarrados, tantas inocencias pisoteadas; esta niña inmolada día a día constituía quizás nuestra presencia en el horror del momento. No se puede solamente escribir libros. Es preciso que la vida nos arranque periódicamente de la estafa del pensamiento, el pensamiento que vive sobre los actos y los méritos del otro.

Ahora que la amenaza de abril se ha alejado, ahora que parece que debemos continuar juntos, Francisca, hija mía, sentimos que una nueva historia interviene en nuestro diálogo: resistirnos a las formas fáciles de la paz firmada con el destino, seguir siendo tu padre y tu madre, no abandonarte a nuestra resignación, no acostumbrarnos a tu ausencia, a tu milagro; darte tu pan cotidiano de amor y de presencia, proseguir la plegaria que eres tú, reavivar nuestra herida, puesto que esta herida es la puerta de la presencia, permanecer contigo.

Quizás sea necesario que nos envidien esta paternidad titubeante, este diálogo inexpresado, más hermoso que los juegos habituales" (Conversaciones X, 28 de agosto de 1940, IV, 763-764).

"No es por su aspecto depresivo y por su fealdad, como se indignan algunos estetas, por lo que el sufrimiento es un ingrediente esencial y como un revelador de la vida personal. Es porque resulta inseparable de las opciones exigentes en materias suntuosas, inseparable de la grandeza. También porque nos orienta hacia la interioridad, mientras que la sensación o el conocimiento nos arrojan fuera de nosotros. "El hombre tiene rincones de su pobre corazón que no existen todavía, escribe Bloy, y donde el dolor entra para que existan". Y también no conocemos más que aquello por lo que sufrimos de alguna manera. Querer eliminar el sufrimiento de este mundo equivale a querer suprimir el hombre y la civilización. Se comprende bastante bien que sea éste el sueño de algunos hombres que sufren demasiado. Pero, fríamente, sólo los espíritus enteramente vacíos de experiencia espiritual pueden pensarlo" (Tratado, II, 564).

1.5.- La persecución del justo

"Yo no he violado los artículos "n" y "n" de las leyes que prohiben la difusión de escritos clandestinos y una acción de propaganda al servicio de una potencia extranjera tendente a afectar la moral de la población civil y del ejército. Pero tomar hoy posición contra los que abandonan su dignidad ante la fuerza, su país a la tranquilidad y lo sagrado a lo prestigioso debe, en buena lógica, implicar consecuencias. En toda Europa el precio sería la prisión y la muerte y nosotros, ¿no escribiríamos más que artículos y sólo pagaríamos con palabras? Cierta justicia perspicaz se manifiesta a través de una acusación falsa. Y es en esta comunidad de dolor en la que Europa quema sus errores y sus crímenes en la que hay que situar este pequeño incidente personal para darle alguna grandeza. El cristiano había llegado a ser un hombre que no iba ya a prisión. La contraseña de los hombres que vinieron a hacer pesquisas era "Seguridad general". Seguridad general sobre los egoísmos y los miedos; sobre los beneficios y los apaños, sobre la envidia y la pálida avaricia, seguridad general, sofocamiento de todas las inquietudes personales. El cristiano se había instalado en la seguridad general. Era bueno lo que no perturbaba los ritos, malo lo que introducía una pizca de inquietud, fuera para mal o para bien. Cuando se ha pasado diez años de la juventud corriendo sin gran riesgo por los caminos de la virtud de la inseguridad, ¿por qué habría que quejarse uno de recibir una visita un poco intempestiva de la seguridad general? Cuando el cristiano, sin que por esto ceda lo más mínimo ante no sé qué arcaísmo primitivo, considere que en período de trastorno la prisión es uno de sus lugares naturales y no la abominación de la desolación familiar, el espíritu cristiano habrá encontrado la posición erguida..." (Cuaderno de prisión, 27 de enero de 1942, IV, 826).

"A un hombre le hace falta haber conocido la enfermedad, la desgracia o la prisión" (A sus padres, desde la prisión, 2 de febrero de 1942, IV, 830)

1.6.- Experiencia religiosa

"Esta mañana, en la misa de nueve y media de San Sulpicio, detrás del coro, he tenido una efusión de alegría y de plegaria hasta llorar, como no había sentido ninguna desde que estuve en Lourdes. La grandeza de este día, algo así como lo que yo pensé

que sentiría la mañana de mi boda. Yo estaba allí, de pie entre otros, en el eje del coro. ¿Reposaba un destino sobre mí? Una gracia simbólica me había puesto en la exacta situación del cristiano. Yo no había podido confesarme y deseaba con fuerza comulgar, pero tenía el alma completamente disminuida y empañada de debilidad. Yo sentía la adhesión de este destino físico que está unido a mi vida: timidez, torpezas, monerías, todos los defectos del "alma delicada". Y mis pecados, los pecados lentos e insulsos. Pero sentía todo el esplendor que caía sobre mí. Del altar venía la luz de las vidrieras y la luz de la eucaristía, que es verdaderamente la gloria de la mañana; y la luz de la mirada del joven sacerdote, concienzudo y recogido en la lectura de su misa; a mi espalda, después del **Sanctus**, el coro y el órgano de la misa mayor que empezaba. Sí, era necesario ese día que yo fuera y me sintiera penitente y privado del consuelo de la mañana y que esta alegría que me arrancaba lágrimas naciera de un corazón empañado que sentía la falta de transparencia que había en él como si fuera un viejo vestido. Sentía un fuerte deseo de rezar con una oración de lo más mecánico. Quizás no he sentido nunca todavía con un corazón agitado por la gracia previniente la abundancia que puede traer la oración; y nunca he sentido que el **Ave** empujaba el **Ave**, lo llamaba, lo deseaba incluso, lo engendraba amorosamente y hacía de cada uno un ser nuevo en el mundo. Esto formaba parte quizás del impulso amoroso que ha hecho surgir los milagros del Padre.

Dios mío, si llegara a arrastrarnos algún deseo de gloria es necesario que se sepa, es necesario que los hombres nos vean como tú mismo nos verás el día del juicio y que no multipliquemos el orgullo de nuestras vidas en la mentira de la posteridad. Es necesario que se sepa por nuestro propio testimonio que éramos vulgares, pequeños entre los pequeños y más pequeños que cualquiera de los que yo pueda nombrar alrededor de mí. Es necesario que se sepa que sólo tú has puesto alguna chispa en nosotros y sólo la has hecho brillar porque somos indiferentes al amor infinito que tú das a cada uno, y que el azar es tu justicia.

Es necesario que lo sepan por cosas concretas: tal persona ha hecho esto, tal otra ha hecho aquello, todas las venganzas que nos hacen a los grandes pecadores, venganzas que deberíamos decir como si fuera un interrogatorio de hospital. Si las leyeran, incluso de estas palabras harían una virtud; que piensen en nuestra cobardía, en mi cobardía, en caso de no exponer aquí por mí mismo el fárrago de mis debilidades y mis faltas. Y si tienen la tentación de disminuir aún esta confesión, de atribuirla a los escrúpulos de una conciencia elevada, que estén informados sobre nuestra cobardía suprema: **haber visto** la santidad con los ojos interiores de nuestra alma y no haber ido a ella; y habernos evadido en la humildad y gemir en lugar de romper.

Es necesario que sepan esto, pero también es necesario, Señor, que sepan que todo lo demás es obra tuya, pues, con todo, tenemos la mirada clara y el alma recta y llevamos algo de tí. Mi decisión de hace dos años es la consecuencia de lo que tú has realizado en mí, a pesar mío y a veces con pequeños gestos míos, desde la mañana de mi primera comunión. Ha sido y será necesario callarse, pues los hombres te ignoran y te temen. Pero quiero que ni un solo día se pase sin que tú progreses en mí y sin que tú seas mi mayoría en el fondo de mi corazón. Señor, quiero que estés de tal mo-

do presente en la tarea, que tú mismo la rompas desde el interior si no está de acuerdo con tu voluntad.

Señor, que mis palabras lleguen hasta tí..." (Conversaciones VI, 9 de octubre de 1932, IV, 571-572).

"Me siento desgarrado por no poder dar un testimonio limpio de Cristo. Es una de las servidumbres de este mundo. Héme aquí tirado en plena calle, condenado al trabajo sucio y ruidoso, al trabajo duro de barrio, yo que he tenido toda mi vocación interior enfocada hacia la vida eremítica, a la meditación, a la llama interior, a la vida privada y a la amistad. Que Dios sea honrado con esta impureza y purifique mi corazón de ella, pues él me ha situado en los únicos trabajos de los que yo era digno" (Conversaciones VI, 5 de noviembre de 1932, IV, 577).

"Preocupaciones. Tres o cuatro suscripciones por día son quizás mucho en esta negra crisis. Pero realmente, ¿resistiremos? Siempre me siento profundamente resignado a volver a aceptar mañana el doloroso y pequeño puesto provinciano, sin llegar a discernir qué parte ocupan en esta calma interior la serenidad natural y la obediencia sobrenatural.

¿Será necesario perder todo, no sólo la obra creadora, sino también la ternura humana, y no tener nada para ofrecerte, Dios mío, más que una pobreza latente, las oscilaciones desesperadas de un agua muerta? Demasiado talento y suntuosidad, me decía ayer por la tarde Marie Gasquet. Tiene razón cien veces. Y, sin embargo, toda mi vocación interior se orienta hacia el despojamiento, hacia la simplicidad; quizás sea necesario que los mismos acontecimientos la hagan crecer en mi vida (Conversaciones VI, 30 de noviembre de 1932, IV, 581).

"...La renuncia no es decir: "No, no" (creyendo que se hace bien al decir no), sino decir: "No sé, me abandono, Dios mío, te lo pido, ya veremos, tú me harás ver, esperemos, seremos sencillos al esperar, sin intentar las soluciones cuya luz sin rigidez hay que merecer". La grandeza, la virtud de una solución no está en la dificultad, sino en su fecundidad..." (A Paulette Mounier, su futura esposa, 18 de abril de 1934, IV, 619).

1.7.- El evangelio de los pobres

"Mi evangelio me enseña que nadie es más astuto que Dios, porque busca siempre un camino hacia el corazón del más desesperante de los hombres. Mi evangelio, además, es el evangelio de los pobres. Nunca me dejará satisfecho ante un solo malentendido con aquellos que tienen la confianza de los pobres. Nunca me llevará a alegrarme de aquello que puede dividir el mundo y la esperanza de los pobres. Esto no es una política, ya lo sé. Pero es un cuadro previo a toda política y una razón suficiente para rechazar ciertas políticas" (El envilecimiento no es rentable, respuesta a Garaudy, marzo de 1950, IV, 209).

"...Quiero recordarle en primer lugar nuestra propuesta de tomar algunos contactos, de hacer algunos servicios y de entrar muy indignamente, pero de forma prácti-

ca, en la acción colectiva de un sector obrero. Haciéndolo a la menor señal y de la forma que usted crea mejor. Yo insisto mucho en que encontremos juntos un medio de entrar en el sufrimiento y en las luchas de los trabajadores... Aunque intentemos trabajar por la verdad y la justicia, no estaremos totalmente al lado de Cristo mientras no tengamos roce con estos marginados a través de un trabajo común, al menos de vez en cuando. Al trabajar en **Esprit**, yo debería estar de algún modo cerca de usted si yo fuera hasta el final. No se crea que al pedirle esto quiero pagar el diezmo de una buena conciencia; pero querría, junto con mi mujer, dar al menos un poco y prepararme para el día en que quizás los acontecimientos nos empujen a darlo todo..." (Al padre Depierre, 20 de marzo de 1950, IV, 941).

"Una sociedad más justa, hoy urgente, es para mañana una facilidad dada a un mejor juego de las actividades humanas, con riesgos disminuídos. Como toda facilidad, se convierte en el plano moral en un peligro de relajamiento. Es en este sentido en el que nosotros denunciamos un humanismo del confort y de la abundancia material, y no en nombre de un ascetismo sistemático que, por establecer una norma colectiva, sería puramente exterior y sin valor formativo. Cuando afirmamos que el hombre se salva siempre por la pobreza, no queremos perpetuar hipócritamente la miseria, la miseria degradante. Queremos solamente significar que, una vez vencida la miseria, cada uno debe debe estar ligero de apegos y tranquilidad: cada uno debe conocer sus fuerzas y su medida" (Manifiesto, I, 518)

1.8.- Optar por la pobreza

"...He elegido la pobreza. Sin heroísmo, me gusta. No llego a encontrar el menor grado de virtud en ello. Pero, ¡diablos!, es una responsabilidad que se toma para mí solo, con los colorarios. Y el transeúnte hace bien arrojándoos una mirada o una moneda (y un poco de piedad, pues no sabe qué alegres son los grandes caminos a pesar del anochecer)..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 25 de febrero de 1933, IV, 545).

"...¡Ah!, hay que apostar por la pobreza. A dos pasos me espera una hermosa carrera universitaria, no tengo más que volver a abrir la puerta. Hoy sé que no volveré a entrar ya en su sucia máquina. Me mantendré en la obra comenzada con **Esprit** incluso hasta la miseria. No tengo derecho a esconder esto. Vamos hacia tiempos curiosos. Renunciar, no ya a los riesgos, lo que sería un poco pagano, sino a esta aventura orientada que debe ser hoy una vida cristiana es algo imposible: no es un camino muy llano mi camino..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 28 de febrero de 1933, IV, 545).

"Reanudación. Extiendo los brazos detrás de mí y toco otra vez esta casa suntuosamente blanca y rosa por las flores, tela blanca de flores echada sobre estos muebles y estas paredes que van a empezar su vida cotidiana. El cura que no ha querido decir una misa rezada con un matrimonio sin ceremonia. A continuación, la espera detrás de una pareja un tanto campesina. Era esto lo que convenía a nuestra humilde y plena historia: su único brillo que no era visto por nadie. Así contrastaban la pobre ceremonia y nuestra casa interiormente rutilante de flores, ardientes de amigos verdaderos, como esas viviendas españolas, desabridas y quemadas desde la calle, pero que encierran dentro de sus muros rojos un patio frondoso en el que canta un chorro de agua..." (Sobre el día de su boda, Conversaciones VIII, Bruselas, 8 de octubre de 1935, IV, 653).

1.9.- Inteligencia y fe

"Cuando un creyente desconsidera la inteligencia hay que investigar si no liquida así algún fracaso personal en la inteligencia de su fe o si no mantiene, para escapar de los combates que ella le solicita, una atmósfera de creencia pueril e irreflexiva en los cálidos refugios de las fijaciones infantiles. El fenómeno es lo bastante frecuente, sobre todo en la mujer, como para que se haya confundido a veces el sentimiento religioso y la mentalidad prelógica, o el gusto del oscurecimiento intelectual. El gusto por la inteligencia es, sin embargo, signo de una fe robusta, **fides quaerens intellectum**, una fe que busca la inteligencia, que tiene sed de luz más aún que de calor, sabiendo que no hay más calor duradero que el que mantiene la luz. No obstante, es propio de la naturaleza de la fe que la inteligencia no pueda evacuar nunca su secreto, dispensarla del acto arriesgado y generoso que es la condición radical de la vida religiosa. Ningún sistema de dogmas, ninguna disciplina ritual, ningún calor de comunión colectiva pueden arrancar del corazón del hombre la angustia espiritual primitiva, la experiencia inquietante en principio y en seguida transtornadora del cara a cara con el hecho religioso. Ahora bien, esta experiencia es dura de sostener y no puede ser vivida, sea la respuesta final un sí o un no, sin que la vida sea cambiada. Así, una gran parte de las actitudes que los hombres llaman religiosas no son más que sistemas de protección contra la actitud religiosa. Muchos hacen servir a este fin medios propuestos por las religiones para nombrar, canalizar y edificar la experiencia religiosa, no para ahogarla. La adormecen con el ronroneo de los ciclos rituales, la defienden con barricadas de creencias ciegas, razones estrechas, sistemas a veces acomodaticios, a veces agresivos, siempre protectores. El dogma les dispensa de pensar, la providencia de osar, la razón de temblar" (Tratado, II, 747).

1.10.- La profundidad del universo

"La percepción de lo que llamaré la presencia real del ser y de los seres, de esta presencia que es el misterio más conmovedor de la vida, toda la suerte del humanismo y de la humanidad con él se jugará en torno a su restauración o a su rechazo definitivo" (Revolución personalista y comunitaria, I, 168).

"El sentido del misterio no es en absoluto el amor al misterio. Ni el gusto por las gnosis y las sociedades secretas con las cosas. El misterio es tan banal y universal co-

mo la poesía: bajo cada luz, bajo cada gesto. Lo que no es banal es reconocerlo. El misterio es la simplicidad, desde la mirada del niño a la línea de los trigales, es la forma más conmovedora de la grandeza. No es la ignorancia solidificada, el miedo proyectado en el camino, es la profundidad del universo" (Revolución personalista y comunitaria, I, 170).

1.11.- Amistad

"Frecuentemente sueño con un mundo en el que se pudiera parar al primer llegado en una esquina y, siendo instantáneamente semejante a todo lo que él es, continuar con él sin ninguna extrañeza su conversación interior. Las pocas veces que yo he encontrado un alma de calidad suficientemente rara para poder tomarme con ella esta libertad, lo he hecho. Así han nacido mis mejores amistades..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 5 de febrero de 1933, IV, 589).

"De cada amigo verdadero espero el día en que nos revelemos uno al otro una gran debilidad: entonces estaremos definitivamente fuera de la mentira" (A Emile-Albert Niklaus, 3 de enero de 1939, IV, 711).

1.12.- Descubrir los repliegues del amor

"Poco a poco descubriremos los repliegues del amor. El amor no es sólo la juventud encontrada de nuevo en una nueva infancia, ese objeto feliz tan alejado de los adultos y de sus malas maneras. Justamente en este momento... estoy instalado en su gravedad. -No hay que encontrar conmigo sólo algo de intacto y de nuevo! Te he contado alguna de las heridas que he recibido. Y además está esa herida ininterrumpida del cristiano en el mundo, la de la soledad... Tiene que haber días en los que saltaremos y sonreiremos con toda la frescura no forzada de nuestra juventud. Y también habrá días más velados en los que nos sentiremos muy lejos, muy lejos en la vida. Y no es momento de jugar a ser niños. El amor humano enseña muchas cosas sobre los caminos del amor de Dios..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 13 de marzo de 1933, IV, 592).

1.13.- Un niño entre los hombres

"...El amor enseña muchas cosas. En mi caso ha contribuido a hacerme perder un poco más el sentido de la edad y de las edades de la vida, de la huida del tiempo y de todo lo que se mantiene. De niño siempre fui demasiado serio para mi edad. De hombre, me siento un niño entre los hombres, pero crecido, embrutecido, perentorio y, sin

embargo, digno de consideración como ellos. Nunca viejo..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 25 de marzo de 1933, IV, 592).

1.14.- El amor multiplica el amor

"...Sólo el amor de Dios no tolera competencia igual. Todas esas buenas personas ridículas: "Júrame que sólo me amas a mí", como si el amor que algunas veces realizan un hombre y una mujer no fuera el logro de lo que debería ser nuestro amor para cada ser: ignorar la primera experiencia del verdadero amor es ignorar que el amor multiplica el amor y que hay que echarlo, desbordarlo fuera de nosotros...!" (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 29 de agosto de 1933, IV, 608).

1.15.- El amor no es un notario

"...No tendrás más que pensar en esta vocación y en este don magníficos que son de forma manifiesta la palabra-tipo de nuestras vidas, el tema de la conversación que tendremos con Dios por la eternidad: conocer y aprender día a día el amor sin partición. Esto se dará a cada instante, pues los acontecimientos, los tiempos, los espacios, las carnes y las palabras se dividen sin cesar. Pero nosotros sabemos que el amor no lleva cuentas, que el amor no es un notario, y que la igualdad se hará por el don de sí, sin límites por una parte y por otra. Hay que ver esta altura y esta profundidad, este centro y esta periferia para estar en paz..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 30 de enero de 1934, IV, 618).

1.16- Amor y libertad

"Se dice también sin razón que el amor identifica. Esto es cierto sólo de la simpatía, de las afinidades electivas, en las que buscamos todavía un bien que asimilar, una resonancia de nosotros mismos en un semejante. El amor pleno es creador de distinción, reconocimiento y voluntad del otro en tanto que otro. La simpatía es todavía una afinidad de la naturaleza, el amor es una nueva forma de ser. Se dirige al sujeto más allá de su naturaleza, quiere su realización como persona, como libertad, cualesquiera que sean sus dones o sus desgracias, que no cuentan ya esencialmente a sus ojos: el amor es ciego, pero es un ciego extra-lúcido.

Al liberar a aquel al que llama, la comunión libera y confirma a aquel que llama. El acto de amor es la certeza más fuerte del hombre, el cógito existencial irrefutable: Yo amo, por tanto el ser es y la vida vale (la pena ser vivida). No me confirma solamente por el movimiento en el cual yo lo planteo, sino por el ser que en él me da el otro. Sartre no ha querido conocer la mirada del otro más que como una mirada que fija y pe-

ga, su mirada como una intrusión que me despoja y me esclaviza. La mirada del otro es, al menos, otro tanto desconcertante; tira por tierra mis seguridades, mis costumbres, mi sueño egocéntrico y, aunque sea hostil, es el más seguro revelador de mí mismo.

Así, la relación interpersonal positiva es una provocación recíproca, una fecundación mutua" (El personalismo, III, 455).

"...Y además, este espíritu de libertad, ¿no lo aprendemos cada uno en nuestro propio matrimonio? Se habla generalmente del aprendizaje de la entrega en el matrimonio: si el amor ayuda, es lo más cómodo. El aprendizaje de la libertad profunda del otro, amenazada por el mismo amor, me parece una de las experiencias más fuertes de la vida conyugal..." (A Emile-Albert Niklaus, 6 de septiembre de 1938, IV, 705).

1.17.- Buscar el centro de nosotros mismos

"...Lo importante en que un día no demasiado lejano nos dejen todos, arqueólogos, revolucionarios, visitas, obligaciones y ganapanes, buscar el centro de nosotros mismos y... recogernos un poco en una zona no pisoteada adonde, hagan lo que hagan, no puedan llegar todas sus suciedades y todos sus ruidos. Que nos dejen empezar nuestra parte de vida eterna -no de tranquilidad, sino de edificación feliz. Tendo sed de esto mucho más allá de lo que se pueda imaginar estos días..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 29 de marzo de 1934, IV, 619).

1.18.- Convencer al milagro

"...Esta cosa estúpida con la que siempre se tropieza: no poder amar lo bastante para convencer al milagro..." (A Paulette Leclercq, su futura esposa, 24 de abril de 1934, IV, 619).

1.19.- Nuestros amigos no creyentes

"...Soy católico, ciertamente, y creo sin minimización. Pero quizás siento más dolorosamente que los del exterior la paganización del inmenso rebaño católico. Estoy convencido de que con él sólo no hay nada que hacer hoy: ha perdido demasiado el sentido del heroísmo, del sacrificio, y el sentido mismo de la juventud del mundo (de la esperanza, decía Péguy). Mis mejores amigos son increyentes, o lo eran antes, sin que hayan traicionado su condición anterior y la señal que les ha quedado impresa. Sé incluso que según la teología de mi religión hay fuera de la Iglesia no sólo espléndidas virtudes naturales, sino una presencia y una acción real de Cristo y de su gracia. No es solamente un deseo mío, es **el eje mismo de mi vocación** (si es que podemos

llegar a descifrar una vocación en cada uno de nosotros) hacer trabajar juntamente a unos y a otros: comunicar a los no cristianos una imagen menos gesticulante de la práctica cristiana; obligar a los católicos o a los cristianos a dejar de vivir en compartimentos estancos, replegados, no sobre su fe (que no puede ser un repliegue), sino sobre una "proyección sociológica" de su religión con la que mezclan toda clase de familiaridades burguesas, de exclusiones y de impurezas. No se trata, señor, de saber si le invito o si le acojo: nosotros partimos juntos, en plena igualdad humana y si es cierto que, en mi opinión, es más completa mi religión, así lo digo, usted discutirá esto y, sobre todo, exigirá que dé testimonio de ello con mis actos. Pero **Esprit** dejaría de cumplir su misión si usted, no católico, estando de acuerdo con **nuestras posiciones fundamentales**, pudiera dudar de que tiene un **lugar de primer orden en Esprit**.

¿Cómo le diría con franqueza que no busco "ese deslizamiento insensible hacia el catolicismo" que sería después de algún tiempo nuestro "único punto de vista"?

No se sorprenda si le digo que del lado católico recibo el mismo reproche de callar con demasiada constancia lo que es esencial para un cristiano... y que encuentro mucha más hostilidad por este lado que por el lado socialista...

Ciertamente yo rechazaré un artículo **anti**cristiano, pero,¿sería esto jugar a sacrificar una mitad a la otra? El problema no es que estos dos grupos se mezclen en una confusión estéril, sino que trabajen juntos en el cañamazo común, cada uno con sus propios hilos...

Creo que hemos hecho más por el despertar del mundo cristiano que si nos hubiéramos dejado barrer desde el principio por escándalos e injurias...

Mire bien la gran dificultad: llevar a los no creyentes a parajes cristianos en los que siempre tienen miedo de ver llegar detrás a "los curas" y llevar a los cristianos a regiones que estiman peligrosas, con vientos demasiado duros y armadas contra ellos. Con unos y con otros hay que usar alternativamente la violencia y la dulzura: cuando vea la una, sepa que la otra no está lejos (A un suscriptor desconocido, 19 de septiembre de 1934, IV, 630-631).

"...Gracias por recordarme que todo es cosa de caridad. Me ha pesado más de una vez parecer que te anexionaba al cristianismo cuando yo quería expresar simplemente una cosa diciéndote "cristiano"; no reducir tus posiciones a las mías, sino decir la inmensa presencia de caridad que siempre he sentido en tí. Es el pecado de los apóstoles. Pero no completamente (tú serías el primero en rechazar este fariseísmo al revés). Pero es verdad en su mayor parte, demonios. Tú tienes el deber humano de hacerme más cristiano. Creo en el valor y en la necesidad de la dirección; ¡y ni siquiera hay un cura al que haya podido hacer amigo mío, al que haya tenido ganas de subir a la barca de Mounier! Nuestros amigos no creyentes, que deseáis a Cristo tanto más violentamente que tantos "hermanos" nuestros acostumbrados, vosotros sois los pobres despojados de la plenirud espiritual por los fariseos, como los otros pobres son despojados de la seguridad material por los ricos: vosotros sois el cuerpo de Cristo, tú también, y si no contara con tu indulgente benevolencia para relevarme de la faena, no estaría muy seguro de no tener que limpiar en el otro mundo la suela de tus zapatos..." (A Pierre-Aimé Touchard, 7 de marzo de 1936, IV, 660-661).

2.- LA REVOLUCION NECESARIA

2.1.- La expropiación del individualismo

"Cuando el individualismo y el capitalismo se erigen en defensores de la persona, de la iniciativa y de la libertad, cometen la misma mentira que cuando se erigen en defensores de la propiedad. Defienden la palabra para expropiar mejor la cosa. En sus discursos dan esta palabra, junto con algunas instituciones ilusorias, como compensación a unos hombres que no se saben expoliados porque a fuerza de serlo han olvidado las realidades con las que han perdido el contacto, aunque proclamándolas suyas. También aquí no tendremos que hacer más que la expropiación de una expropiación" (Revolución personalista y comunitaria, I, 180).

2.2.- El humanismo reivindicador

"Los egoísmos sutiles podrán defenderse sutilmente: en este nivel de rechazo no queda otro valor que la afirmación brutal de sí mismo, afirmación de conquista, puesto que el corazón del hombre, al perder el gusto de acoger, ha perdido el deseo de darse. El hombre corriente de Occidente ha sido modelado por el individualismo renaciente y lo ha sido durante cuatro siglos, alrededor de una metafísica, de una moral y de una práctica de reivindicación. La persona no es ya un servicio en un conjunto, un centro de fecundidad y de don, sino un foco de hosquedad. ¿Humanismo? Este humanismo reivindicador no es sino un disfraz civilizado del instinto de poder, el producto sobriamente impuro que podía dar en un país templado bajo la vigilancia benevolente del pensamiento analítico y del juridicismo romano" (Revolución personalista y comunitaria, I, 159-160).

2.3.- *El individualismo : metafísica de la soledad*

"Hay que situar el individualismo en toda su amplitud. No es solamente una moral. Es la metafísica de la soledad integral, la única que nos queda cuando hemos perdido la verdad, el mundo y la comunidad de los hombres" (Revolución personalista y comunitaria,I, 158-159).

2.4.- *El lenguaje sublimado del individualismo*

"Hay por hacer todo un psicoanálisis de este individualismo cuyo lenguaje sublimado en términos de libertad, autonomía y tolerancia ha encubierto un reino brutal de competencias y de golpes de fuerza. El instinto subyacente se ha revestido con toda la dignidad de la persona: la avaricia se ha revestido de prudencia; el egoísmo, de independencia; los pequeños sentimientos de propietario se han presentado como dominio de la acción. Hemos trazado hoy alrededor de nuestro sentido propio esta línea de defensa y de susceptibilidad, la hemos consolidado tan bien, la hemos sensibilizado mediante todo un erizamiento de intereses y de emociones y hemos tomado todo esto de tal modo como virtud, que será necesario nada menos que una especie de revelación nueva para hacer saltar el círculo..." (Revolución personalista y comunitaria, I, 160).

2.5.- *La revolución personal*

"El personalismo no es un salvador del último minuto, destinado a reducir los miedos y a salvar los muebles. El personalismo le pide al hombre, en energía espiritual y en sacrificios materiales, más que los regímenes temibles del fascismo y del comunismo" (Manifiesto, I, 647-648).

"Marx, en una época plagada de ideólogos, vio que una ideología, aunque fuera la más virulenta en doctrina, no basta para desencadenar una toma de conciencia revolucionaria. Marx, y Pascal antes que él: hay que poner en movimiento la máquina. Los acontecimientos han mostrado que una situación material no basta para ello, cuando la espiritualidad se ha retirado de la revuelta: antes al contrario, la angustia de decaer sin demasiada miseria empuja entonces a los oprimidos a refugiarse en el primer mercader o el primero que llegue y prometa comodidad; mientras que los parásitos de la agitación llenan con sus impuras personas las avenidas de una revolución siempre diferida.

Tocamos este extraño nudo de la psicología de nuestro tiempo, en cuyo nivel nos hemos situado voluntariamente. Algunos que pronuncian principios idénticos a los nuestros, y los practican en varias materias, generalmente de orden privado, se niegan a reconocer la situación revolucionaria de la época en que estamos y atribuyen a

la turbulencia propia de la edad joven las conclusiones que nosotros sacamos de sus principios. Otros, que se dicen revolucionarios, están agitados por humores diversos, pero no llevan en ellos ni las riquezas espirituales, ni el impulso de fe, ni esta adherencia de todo el ser a lo que profesan, cosas éstas que son las únicas capaces de un futuro. Entre los dos grupos el malentendido es constante. Dicen palabras en lugar de comprometerse -o no se comprometen más que parcialmente- y en lugar de encontrarse, pues la letra divide y sólo el compromiso vivifica. Estamos atrapados en una mentira y en un malentendido de mil caras, extraños a nuestro hermano en el momento mismo en que pronunciamos las palabras comunes de nuestra infancia, extraños al adversario que no ataca en nosotros lo que defendemos y que combate lo que no defendemos. Engañados por las palabras que hay entre nosotros para unirnos o para enfrentarnos, nunca seguros de que el amigo sea amigo y de que el enemigo sea enemigo. Engañados por nosotros mismos, que no somos más que una de cada diez veces el hombre de nuestros discursos y no siempre conscientes de esta inconsecuencia.

El desorden primero en desde el punto de vista de una técnica revolucionaria, en la línea espiritual que hemos definido, no es, por tanto, el escándalo de los ideólogos: que la proclamación de las ideas puras no esté en absoluto seguida por su efecto. Las ideas en los hombres no son puras más que si son amadas, asimiladas, servidas en almas personales, en cuyo fuego se han convertido. El desorden primero es que en cada uno, revolucionarios y contrarrevolucionarios, se haya abierto un abismo entre la palabra y a veces incluso entre los actos (pues hay también un verbalismo de la acción) y el compromiso de la persona, abismo por el que avanzan la mayor parte sin sospecharlo.

La primerísima técnica espiritual consiste en llevar a unos y otros a una toma de conciencia personal, no del mal en sí, o del mal público proyectado ante ellos y como separado de ellos, más o menos recitado con una voz que ellos creen pura, sino de **su propia participación en el mal**, de sus incidencias en su comportamiento cotidiano, de las mentiras virtuosas de sus palabras y de sus actos. Aquí está la primera revolución sin la cual la otra no es más que comedia: no "revolución interior", sino revolución personal, que compromete en un bloque el comportamiento y la meditación interior; no "toma de conciencia" abstracta y escolar en la que cada uno huye en la inocencia de un sistema, sino **toma de mala conciencia personal**, la única que cimentará una verdadera comunidad revolucionaria.

Llamamos revolución personal a este estilo que nace en cada instante de una toma de mala conciencia revolucionaria, de una revuelta dirigida en primer lugar por cada uno contra sí mismo, sobre su propia participación o su propia complacencia en el desorden establecido, sobre la separación que tolera entre aquello a lo que sirve y aquello a lo que dice servir -y que se expande en un segundo momento en una conversión continua de toda la persona solidaria, palabras, gestos, principios, en la unidad de un mismo compromiso" (Revolución personalista y comunitaria, I, 327-328).

2.6.- *Lo espiritual en la revolución*

"No queremos un mundo feliz, queremos un mundo humano, y un mundo sólo es humano si da posibilidades a las exigencias fundamentales del hombre. Toda revuelta que no esté acompañada por ellas, toda revolución que no esté acompañada por una transfiguración morirá de su propia muerte.

"(...) Se nos preguntará finalmente cómo conciliamos la idea revolucionaria con la permanencia de los valores eternos a los cuales estamos vinculados. Respondemos que no hay espíritu sin carne, que de lo eterno, en la realización de la historia, no tocamos más que manifestaciones contingentes que se suceden en el tiempo como verdaderos seres biológicos. No tenemos ninguna razón para hacer adherir la parte eterna de nosotros mismos a las formas mortales del espíritu.

(...) Hacer sentir por medio de actos heroicos si es necesario (¿para cuándo el industrial objetor de conciencia?) **que no se trata, bajo pretextos ideológicos, de escapar del carácter radical de las soluciones necesarias**. Sino de saber en nombre de qué espiritualidad se las adopta, lo que ésta exige y lo que prohibe. Purificar la espiritualidad de una época; no solamente arrancarla del servicio vergonzoso al dinero, sino devolverle las fuentes mismas de su vigor, he ahí la tarea más profundamente revolucionaria" (Apéndices de Revolución personalista y comunitaria, I, 849-850).

"El trabajo revolucionario profundo no es despertar en el hombre oprimido la conciencia de su sola opresión, volviéndolo así al odio, a la reivindicación exclusivas y, en consecuencia, a una nueva evasión de sí; es mostrarle primero como fin último de esta revuelta la aceptación de una responsabilidad y la voluntad de una superación, sin lo cual todos los instrumentos no serán más que buenos útiles en manos de malos obreros; y educarlo desde ahora en una acción responsable y libre en lugar de disolver su energía humana en una buena conciencia colectiva y en la espera, incluso exteriormente activa, del milagro de las "condiciones materiales". Al lado de las oposiciones doctrinales, este "desde ahora" es la principal divergencia táctica que nos separa del mejor de los marxistas.

En fin, cuando la dominación del hombre sobre la naturaleza estuviera adquirida, pensamos que el hombre no estaría curado de sí mismo y de todas las antiguas enfermedades. A nada se habitúa uno tan rápidamente como a las comodidades, y la soledad vuelve a aparecer. A aquellos que andan cegados por la miseria les está permitido tomar el bienestar por la felicidad y la revolución social por el reino de Dios. Para los demás es ingenuidad o pobreza de corazón pensar que los problemas del mal y del odio, de la miseria y la muerte no serán tanto más acuciantes cuanto menos sumarias sean las condiciones en las que se den" (Manifiesto, I, 518-519).

"Nuestra creencia fundamental es que una revolución es un asunto de hombres y que su principal eficacia es la llama interior que se comunica de hombre a hombre cuando los hombres se ofrecen gratuitamente a los hombres" ("Debate en voz alta", febrero de 1946, en Certidumbres difíciles, IV, 152).

2.7.- *Revolución entre los revolucionarios*

"Los revolucionarios oficiales se impacientan cuando les proponemos, en lugar de su imaginería grotesca e inhumana, este conocimiento de la humanidad de todos, comprendidos sus adversarios. Lucidez y clemencia peligrosas, dicen; pues éstas corren el riesgo de desmochar la lanza revolucionaria, este rigor de cólera, de odio, de dureza necesaria para sostener la lucha de clases. Por tanto, para salvar al hombre ¿hay que renunciar a ser hombre? Sí, se nos responde: por las necesidades de la revolución durante cincuenta años los problemas humanos no se plantearán.

(...) Pocos hombres se sienten establecidos en una conciencia tan buena como el revolucionario. Un burgués, por poco inteligente o sensible que sea, no puede evitar ver cómo su razonamiento es agujereado desde dentro por una evidencia cada vez más clara y cómo su ideal, cuando lo tiene, es abandonado por los suyos desde los cuatro costados; da rodeos, se aferra, apela a los "a pesar de todo" y los "mirándolo bien", o, por el contrario, es cínico. El revolucionario tiene el lado bueno de la causa; tiene en su favor la verdad de la época (al menos en su crítica), el prestigio de numerosos egoísmos, la adhesión de los humildes. Tiene tan fácilmente razón en su polémica con un mundo corrompido que se ve conducido de manera completamente natural a hacerse un alma de justo y, contra los fariseos, a crear un nuevo fariseísmo" (Revolución personalista y comunitaria, I, 334).

"... Es a los revolucionarios a los que les pedimos atención: si no atacáis más que a los síntomas y no al mal, fuera y no en vosotros; si no tenéis una metafísica del hombre, si creéis como el burgués, que la acumulación indefinida de las riquezas materiales sirve a su plenitud y lo hacéis creer, si deseáis simplemente expropiar al burgués y continuar sus caminos, no preparáis otra cosa, bajo el nombre de revolución, que una consagración legal de la lepra burguesa y su inoculación sistemática a una reserva de humanidad a la que todavía no había alcanzado más que desde fuera y la tal lepra había sido neutralizada por una sólida resistencia de raza; si no excitáis como móvil en las tropas de la revolución más que el odio y el resentimiento, no la sana reivindicación de justicia, sino la envidia gris y vulgar, transformaréis insensiblemente las rebeliones de la justicia en una polvareda de causas interesadas: no os extrañéis ya si cualquier mística, incluso fascista, viene mediante satisfacciones inmediatas o promesas materiales análogas a quitaros las tropas que creíais vuestras.

(...) Numerosos revolucionarios, por su sistema o por los silencios y las ambigüedades de sus sistemas, por su conducta, o por las abstenciones y las duplicidades de su conducta, son solidarios, a pesar de la apariencia, del mundo del dinero, del confort, de la tranquilidad, del anonimato racionalizado. Creen haber hecho la ruptura: están en una querella de familia y de puestos. Nosotros nos batimos contra el capitalismo y no contra la universalización del capitalismo, contra el espíritu burgués y no por una democratización del espíritu burgués.

(...) Hay que decir las cosas con dureza. Hay bastante miseria y heroísmo en las clases revolucionarias, y no prestamos nuestra voz a los que injurian el hambre y la revuelta. El materialismo del rico es repugnante, el del pobre es sólo desconsolador.

Está claro que nosotros hacemos causa con el pobre. Nosotros no le aportamos nuestras delicadezas o nuestros consejos de gente bien y "de una buena posición virtuosa". Nosotros venimos a decirle: todos nosotros, nosotros contigo, y más culpables que tú, todos nosotros que defendemos la justicia y el orden, pactamos cien veces con la injusticia y el desorden. No basta con localizar **delante de sí** al adversario o al sistema; el sistema revolucionario que se nos propone peca por la base, nuestra clase de revolucionarios vive como si no lo fueran, no mereceremos nuestra revolución más que si empezamos por revolucionarnos primero a nosotros mismos. Quizás sea un gran paso de hecho el día en que estas palabras sean vividas" (Revolución personalista y comunitaria, I, 335-337).

3.- POR UNA CULTURA PERSONALISTA

3.1.- Pacifismo

"Junto al terror se ha movilizado de forma descarada, porque venía en seguida a mano, el miedo a morir. "No queremos morir!", gritaba un muchacho el otro día en el Velódromo de Invierno con una especie de frenesí; y no resultaba feo en su boca, pues añadía: "¡Tenemos veinte años!". Es la única edad en que, no digo el miedo a la muerte, sino la rebelión contra la muerte, tiene su grandeza. Es normal que se nos agarre a las tripas el miedo a morir bajo su doble aspecto, el miedo al tránsito misterioso y el desasosiego de no gozar ya de la vida. Pero, ¿dónde empieza el hombre si no es en el momento en que empieza a vencerlo? ¿quién ha recibido las insignias de la grandeza viril si no ha preferido al menos una vez un gesto de honor, de amor, o de fidelidad por encima de su vida? Bajo cuántas formas, cínicas o encubiertas, hemos visto rodar la fórmula famosa en las cercanías de Munich (3) : -¡"Más vale un traidor vivo que un héroe muerto"! Si se pudiera añadir a las encuestas de las profesiones de fe conscientes la encuesta de las segundas intenciones, muchas de éstas nos descubrirían que la guerra no es para ellos un crimen donde se mata, sino una desgracia donde se es matado. Una vez instalado, el pensamiento frecuente de morir se convierte en obsesión y después en un principio rector de la vida. En ese momento el hombre traspasa sus poderes. ¿A qué? No se sabe bien: una especie de animal amedrentado que ni siquiera encuentra la solidez primitiva de los reflejos. El hombre es el ser que posee su muerte: o sabe que no muere (el cristiano) o, sabiendo cómo y por qué muere, tiene la capacidad de convertir una fatalidad en un acto. Si se convierte en un poseído de su muerte hasta el punto de orientarse totalmente por la negativa y la hui-

(3) Se refiere Mounier al Pacto de Munich, en el que Francia e Inglaterra dieron en 1938 vía libre a la ocupación de Checoslovaquia por parte de Hitler. En contra de un cierto pacifismo equívoco ampliamente extendido, Mounier vio en este pacto un gesto de cobardía de las dos potencias europeas para con un pequeño país democrático que, por lo demás, no conseguiría saciar las ambiciones nazis. El tiempo le dio la razón (N. del editor).

da del desenlace, su vida se desarticula, se enloquece y en seguida se degrada. Al drogarse con todas las buenas razones y con todos los bellos sentimientos, millares de jóvenes franceses entre 1930 y 1940 gritaron en principio: "¡Viva la paz!"; después: "¡La paz a cualquier precio!", "¡Cualquier cosa antes que la guerra!", sin oir bajo su grito la voz socarrona del instinto camuflado: "¡Cualquier cosa antes que mi muerte! ¡Mi vida a cualquier precio!". El negocio se ventiló en Dunkerque, Auschwitz y Stalingrado. Unos pocos han conservado la vida y otros han pagado su precio, mil veces su valor".

"La debilidad común a todas estas actitudes se revela por la manera en que los hombres reclaman hoy la paz. No quieren la paz, sino que la esperan y se han dejado persuadir de que todo ocurre fuera de ellos, de que las combinaciones impenetrables y las fatalidades inflexibles deciden por encima de sus cabezas sobre la paz y sobre la guerra y de que la paz les será dejada o la guerra les seá asestada sin tener ellos la menor responsabilidad en el asunto. Si viene un hombre como Garry Davis(4) , que arremete contra las fatalidades, si se interroga y muestra ostensiblemente a todos que un simple gesto de hombre puede desconcertar ya a las fuerzas, que decenas de audacias parecidas las obstaculizarían y que millares las paralizarían, si ocurre esto, sus relaciones no son recibir esta lección ejemplar e interrogarse a su vez. Miran, aplauden y le piden autógrafos. Los 15.000 espectadores del Velódromo de Invierno y su estusiasmo no son despreciables y prueban que la atención está despertándose. Pero si nada cambia en las voluntades, puede ser también una gran escena burlesca de cobardía colectiva. Mi paz no es una edificación de los oídos, es una edificación de las manos y del corazón.

En las condiciones actuales del alma francesa, el combate por la paz debe en primer lugar cultivar sentimientos fuertes y obligar al compromiso mediante técnicas exigentes. Los dos son solidarios. No se desarrollan impunemente sentimientos sin raíces y sin peso, del tipo de los que se suben a la cabeza sin fatigar las piernas. Los sentimientos débiles a los que hemos aludido, y que inclinan a la esclavitud, se apoyan en unas condiciones de vida y en una situación histórica determinadas. Es iluso despreciarlos y peligroso alentarlos. Se neutralizan gradualmente. Pero no los venceremos ciertamente multiplicando los corazones débiles ante el horror y los ideales apacibles. Los sentimientos generosos se endurecerán mediante compromisos duros. Tenemos más necesidad de movilizar las conciencias que de desmovilizarlas. Las técnicas harán el papel de armadura y de tutor allí donde el contagio verbal o afectivo correría el riesgo por sí solo de alentar la efervescencia tibia de los sentimientos débiles" (Los equívocos del pacifismo, febrero de 1949, IV, 275-276 y 279-280).

"La guerra, para el cristiano, no comienza con la multiplicación de la muerte, ni incluso con el uso de la violencia física, sino que se inserta entre la paz interiormente vivida y el odio interiormente asumido" (Los cristianos ante el problema de la paz, I, 786).

(4) Piloto del ejército norteamericano que había devuelto a su gobierno su pasaporte como gesto pacifista y participó en un acto por la paz organizado por el partido comunista francés en el Velódromo de Invierno de París (N. del editor)..

"La primera afirmación cristiana sobre la paz es que ésta no puede ser concebida como un orden exterior extraño a la vida personal de aquellos a los que une, fabricando desde fuera y a pesar de los individuos un hombre nuevo o una sociedad nueva, por una especie de virtud automática de las instituciones" (Los cristianos ante el problema de la paz, I, 787).

"La paz no es un estado débil: es el estado que pide a los individuos el máximo de despojamiento, de esfuerzo, de compromiso y de riesgo. La exasperación de la individualidad es el primer acto de guerra; la disciplina de la persona y el aprendizaje de este movimiento de comprensión del prójimo (de caridad, dicen los cristianos), en el que la persona sale de sí para desapropiarse en el otro, es el primero de los actos de paz" (Manifiesto, I, 630).

"Todo pacifismo que sólo encuentra apoyo en el miedo a la muerte es un fermento de descomposición que usurpa un prestigio inmerecido. El miedo a derramar la sangre no es el respeto de la vida del otro. Este horror a la sangre derramada está hoy día generalizado en hombres que no temen hacer anémica la sangre viviente, ni intoxicarla ni infectarla a lo largo de los días y las noches. Es ésta una de las hipocresías más señaladas de nuestra época" (Tratado, II, 136).

3.2.- Cultura personalista

"... (Llamamos) **cultura** al ensanchamiento de la conciencia del hombre, el gusto que adquiere en el ejercicio del espíritu, su participación en una cierta manera de reaccionar y de pensar, particular de una época y de un grupo, aunque tendiendo a lo universal (...)

Nosotros pensamos -y aquí nos aproximaríamos al marxismo- que una espiritualidad encarnada, cuando está amenazada en su carne, tiene como primer deber liberarse y liberar a los hombres de una civilización opresora en lugar de refugiarse en miedos, añoranzas o exhortaciones. Pero nosotros afirmamos contra el marxismo que no hay civilización y cultura humanas que no estén orientadas metafísicamente. Sólo un trabajo que apunte por encima del esfuerzo y la producción, una ciencia que apunte por encima de la utilidad, un arte que apunte por encima del agrado y, finalmente, una vida personal entregada por cada uno a una realidad espiritual que le arrastra más allá de sí mismo son capaces de sacudir los pesos de un pasado muerto y de dar a luz un orden verdaderamente nuevo. Por esto, al borde de la acción, pensamos tomar en principio una medida del hombre y de la civilización" (Manifiesto, I, 486).

"Es por encima o más allá de sí mismos como el artista, el pensador y el sabio van a reconocer la realidad espiritual pictórica, musical, etc. que ellos retransmitirán en obras. Entre esta realidad y el hombre la meditación personal es la única vía de comunicación posible. Toda obra, toda cultura que dirige su impulso hacia un fin situado más bajo que esta realidad sigue siendo una obra o una cultura menor" (Manifiesto, I, 575).

"**Las colectividades no crean la cultura**. La obstaculizarán siempre, en el mejor de los regímenes, por su propensión natural a las simplificaciones, a las amplificaciones, a la facilidad. Por lo demás, ellas le proveen de material, de temas y de vitalidad; ellas son la savia y el terreno del que el creador no podría aislarse; pero sin él, **ellas no superarían el folclore, una cierta sabiduría más o menos utilitaria, una mitología**. Es el creador personal el que da el desgarramiento por el que estas riquezas son universalizadas" (Manifiesto, I, 576).

"Tomando su savia en el pueblo, la cultura nueva no debe eludir esta exigencia fundamental de toda cultura que le transmite lo mejor de la herencia cultural: **no hay cultura que no sea metafísica y personal**. Metafísica, es decir, que apunta por encima del hombre, de la sensación del placer, de la utilidad, de la función social. Personal, a saber, que sólo un enriquecimiento interior del sujeto, y no un acrecentamiento de su saber hacer o de su saber decir merece el nombre de cultura. Esta condición exige que el despertar cultural de los nuevos tiempos se haga por irradiación progresiva de los hogares independientes y no por medidas administrativas centralizadas, por lenta formación y no por acumulación apresurada" (Manifiesto, I, 578).

"La cultura no es un sector, sino una función global de la vida personal. Para un ser que se hace, y se hace desarrollándose, todo es cultura; la instalación de una fábrica o la formación de un cuerpo tanto como los modales de una conversación o el uso de la tierra. Esto quiere decir que no hay **una** cultura frente a la cual toda otra actividad sería inculta (un "hombre cultivado"), sino tantas culturas diversas como actividades. Hay que recordárselo a nuestra civilización libresca.

Ya que la vida personal es libertad y superación, y no acumulación y repetición, la cultura no consiste en ningún dominio en el amontonamiento del saber, sino en una transformación profunda del sujeto, que lo dispone a mayores posibilidades mediante un número mayor de llamadas interiores. Como se ha dicho, es lo que queda cuando no se sabe ya nada: el hombre mismo.

De aquí se sigue que, como todo lo que es de la persona, la cultura se despierta, no se fabrica ni se impone. Como nada que sea de la persona, tampoco se desarrolla en una libertad pura, sin que mil solicitaciones y presiones la obliguen y sin sacar provecho de ello. Pero siendo invención incluso cuando consume, la cultura se paraliza por la ortodoxia y muere bajo el decreto. Es evidente que una cultura, en un cierto nivel, puede y debe ser dirigida, mejor sería decir ayudada. Pero no soporta ser domesticada. Y en el nivel creador tiene necesidad de estar sola, aunque en esta soledad se hace presente el zumbido libre del mundo entero.

Es cierto que a la creación le es indispensable el sostén de las colectividades; si éstas están vivas, la hacen estar viva, si son mediocres, la apagan. Pero el acto creador surge siempre de una persona, aunque esté perdida en la multitud: las llamadas canciones populares tienen todas un autor. Y aunque todos los hombres fueran artistas, no serían un artista, sino que serían artistas todos. Lo que es verdadero en las concepciones colectivistas de la cultura es que, al tender las castas a confinar la cultura en la convención, el pueblo es siempre el gran recurso de la renovación cultural

En fin, toda cultura es transcendencia y superación. En el momento en que la cultura se detiene, se muda en incultura: academicismo, pedantería, lugar común. Tan pronto como no apunta a la universalidad, se deseca como especialidad. Cuando confunde universalidad y totalidad detenida, se endurece como sistema.

La mayor parte de estas condiciones se ocultan hoy bajo la cultura y de ahí su desorden. La división entre manos blancas y manos negras y los prejuicios unidos a la primacía del "espíritu" hacen confundir la cultura con los conocimientos librescos y las técnicas intelectuales. La profunda división de clases que acompaña a este prejuicio ha bloqueado la cultura, o al menos sus instrumentos, sus privilegios y a veces su ilusión en una minoría en la que se torna sofisticada y pobre. Aquí, una clase social la pone cada vez más a su servicio; allá, es un gobierno: por doquier se asfixia. Las medidas comunes de una sociedad y de una espiritualidad han desaparecido bajo la convención y el último grito. Los creadores no tienen ya público y allí donde existe un público los creadores no tienen modo de surgir. El régimen económico y social es en gran medida la causa de estos males. Crea una casta de cultura que empuja al arte (de corte, de salón, de capilla) al esoterismo, al esnobismo o a la rareza para adularla, al academicismo para asegurarla, a la frivolidad para aturdirla, a lo excitante, a la complicación y a la brutalidad para distraerla. Cuando la técnica, con la multiplicación de los medios, multiplica las posibilidades de transfiguración, el dinero las comercializa y las envilece en el mayor provecho del menor número, estropeando al autor, a la obra y al público. La condición del artista, del profesor o del sabio oscilan entre la miseria del réprobo y la servidumbre del proveedor. Otros tantos males que dependen de las estructuras sociales y que no desaparecerán más que con las estructuras que los mantienen. No deben hacer olvidar, no obstante, la parte no menos considerable, en el debilitamiento de la cultura, de la desvalorización de la conciencia contemporánea por el retroceso de las grandes perspectivas de valores (religiosos, racionales, etc.) y la invasión provisional de la obsesión mecánica y utilitaria" (El personalismo, III, 523-524).

3.3.- Conocer a la persona

"Ningún psicólogo ha encontrado jamás en el hombre más que aquello que previamente ha puesto en él o, si se quiere, lo que ha presentido en él, porque su decisión de ser una cierta clase de hombre le había abierto o cerrado luces esenciales sobre el hombre" (Traité, II, 11).

"Todo hecho psicológico es, por el contrario, un acontecimiento en primera persona y no puede ser formulado más que en primera persona. Es inseparable de una historia, de una afirmación, de una significación y de una valorización personales. Es esto lo que ha comprendido el psicoanálisis o, mejor, lo que ha empezado a comprender. Este ha visto la necesidad de unir la explicación con la historia y con las significaciones acumuladas en el sujeto individual: la anámnesis busca en el curso tumultuoso de los efectos los temas directores y, detrás de los temas, los acontecimientos

individuales que en cada caso abren el sentido de una situación psicológica dada. Pero ni Freud ni en muchos casos los freudianos han reconocido el papel de la afirmación y de la valorización. Es por esto por lo que el psicoanálisis ha vuelto a caer finalmente, en el terreno de la explicación, en un material de procesos en tercera persona (...)

Así, la explicación psicológica no acaba, como la explicación física, en la unión causal, en el establecimiento de relaciones objetivas, comprobadas desde fuera, entre elementos o funciones. Es esencialmente una **comprensión**, la interpretación personal por el observador de una significación personal. Los contenidos psicológicos son agarraderos sólidos donde se inserta la comprensión. Pero su ordenación o sistematización no nos hace entrar en la realidad específicamente psicológica. Puesto que esta realidad es, desde el lado del objeto, un acto global, la comprensión que de ella hace el observador no puede nacer más que de un acto global del mismo nivel. Si unos encadenamientos mecánicos o racionales saben transcribir con alguna aproximación unos comportamientos aislados, sólo la persona conoce adecuadamente a la persona. La paradoja de la comprensión de un absoluto individual por otro absoluto individual sólo se resuelve en este acto de conocimiento directo de la persona por su semejante (Scheler). No es ni una "alienación" ni una "Introyección", que harían de la persona un haber que se disuelve en una negación del otro o en una negación de sí. Es una comunión o, recogiendo el sabroso retruécano de Claudel, un co-nacimiento del cognoscente con el conocido. ¿Vuelve por tanto el horrible subjetivismo? Si es "subjetivo" exigir un acto de comprensión personal para captar adecuadamente los actos que vienen de la persona, o las palabras pierden su sentido al ser usadas, o no es menos "subjetivo" por parte de un psicólogo de laboratorio afirmar la necesidad de órganos sensoriales intactos y de un juicio perceptivo sano para recibir las impresiones de las cosas. Cada realidad exige un aparato del mismo nivel y un acto del mismo orden que ella misma para llegar a ser objeto de nuestro conocimiento" (Tratado, II, 45-46).

"No se puede definir a la persona sin un futuro, y un futuro sin una **valorización**, una finalidad querida. También aquí el psiquismo más elemental anuncia ya las formas del psiquismo superior. Un enfermo con afasia total como consecuencia de profundas lesiones parecía incapaz de leer una palabra en un periódico. Un día cae bajo su mirada una esquela necrológica. La lee de un tirón: era la de su mejor amigo. Otro enfermo con afasia motriz es incapaz de pronunciar nada; pero, siendo muy religioso, recita impecablemente sus plegarias. Parece, por tanto, que unos trastornos que se consideraba explicados por lesiones deben ser atribuídos a una baja considerable del umbral del interés (Tratado, II, 58).

"Mi carácter no es lo que yo soy en el sentido en que una instantánea psicológica fijara todas mis determinaciones caducas, todos mis rasgos ya esculpidos. Es la forma de un movimiento dirigido hacia un futuro y entregado a un ser más. Es lo que puedo ser más que lo que soy, mis disponibilidades más que mis haberes, las esperanzas que dejo abiertas más que las realizaciones que he registrado. "Lo que es más cierto de un individuo, y lo más él mismo, es su **posible**, que su historia no despeja más que imparcialmente" (P. Valéry). Conocer un carácter es conocer y amar sus promesas, no encerrarle en sus aristas. Por eso este conocimiento no está nunca agotado, estando como está siempre arrastrado a esta profundidad que se abre ante nuestra comprensión. Por eso nada resulta más odioso que esa manera perentoria que tienen algunos de desesperar de un hombre describiéndolo; lo que es incluso un medio de desesperarlo, extremadamente común entre gentes que se han resignado a acostumbrarse unos a otros" (Tratado, II, 59-60).

"**El carácter no es un hecho, es un acto.** La unidad sintética del carácter no es una resultante, es un esfuerzo vivo y este esfuerzo puede imponer su autoridad mucho más allá de lo que el común de los hombres se imaginan como posible. Descartes pretendía ser el dueño de sus sueños: la medicina contemporánea nos afirma que no es imposible. Incluso las estructuras que están próximas a la degeneración patológica son, según algunos psiquiatras, maleables para un esfuerzo heroico de defensa del yo: "Pocos individuos, escribe Kretschmer (y esto es naturalmente verdadero para todos los grupos) son exclusivamente esquizotímicos o ciclotímicos hasta el punto de ser incapaces de adoptar a fuerza de trabajo, de buena voluntad y también de talento, una orientación intelectual en oposición con su estructura, por poco que las condiciones externas lo exijan". Este dominio de la persona sobre los instrumnentos de su destino se extiende lo suficientemente lejos alrededor de ella como para que incluso los acontecimientos de nuestra vida vengan a veces a agruparse alrededor de nosotros a imagen de nuestro carácter; en una amplia medida se puede decir que cada uno tiene los acontecimientos que merece" (Tratado, II, 61-62).

"Ningún esquema dará cuenta jamás de las combinaciones infinitas que son acuñadas por el inaccesible secreto interior en cada psiquismo individual, sin abrazarlo ni agotarlo nunca. Ese secreto brota de las dos grandes fuentes ocultas más allá de la conciencia: los abismos del inconsciente orgánico y colectivo y los abismos de la transcendencia personal. El mundo está lleno de hombres oscuros que no llegan a descifrar el enigma más misterioso que de costumbre que ha sido planteado sobre ellos. Embarazados de sí mismos hasta la muerte, dialogan con sombras en una lengua que asusta y los aísla. Hamlet corre tras una perplejidad que no es sólo impotencia y Adolfo no reconocerá jamás las voces de sus deseos y sus voluntades. Vere tu **es homo absconditus**" (Tratado, II, 63).

"Pero la contradicción y la ambigüedad son, **al hilo mismo de la experiencia**, el signo vivido de la existencia transcendente, de la existencia personal. Son los signos inquietantes de una realidad que no puede expresarse por medios más simples. Le dan su perspectiva profunda a la experiencia de la subjetividad. Le sugieren a la filosofía del psicólogo el mismo género de inducciones que los irracionales, los imaginarios y las grandezas inconmensurables le proponen a la filosofía del matemático. Sólo las construcciones del espíritu o sus captaciones superficiales sobre el existente conceden a la pereza o a la utilidad la luz desplegada y aseguradora de la idea clara. La existencia no encuentra ni en las formas de la razón ni en los indicios de los sentidos un lenguaje directo para comunicarse a nosotros. No puede entregarse más que indirecta e insuficientemente, por una cifra cuya lectura no está nunca acabada para nosotros y cuyo secreto es siempre huidizo. Por lo demás, no se trata de objetos, sino de nosotros mismos, estos hombres vivos que somos. Si alguna vez una ciencia, por muy compleja que se quiera, pero finita, pudiera dar razón de ellos, habría que admi-

tir que la libertad no es sino un fantasma de la imaginación. Los poderes del mundo no tardarían en ilustrar esta conclusión del conocimiento anexionando la ciencia del carácter al arsenal de las técnicas de dominación. Pero la persona es un foco de libertad y por eso permanece oscura como el corazón de la llama. Al negárseme como sistema de nociones claras, se revela y se afirma como fuente de imprevisibilidad y de creación. Al ocultarse al conocimiento objetivo me obliga, para comunicarme con ella, a dejar la cámara de turista y a correr con ella un destino aventurero, de datos oscuros, caminos inciertos y encuentros desconcertantes.

Así, el objeto mismo del conocimiento del carácter lo excluye de los conocimientos de tipo positivo sin excluirlo, por el contrario, del conocimiento. La caracteriología es al conocimiento del hombre lo que la teología es al conocimiento de Dios: una ciencia intermedia entre la experiencia del misterio y la elucidación racional, a la que incumben las manifestaciones del misterio. Se podría llevar más lejos la analogía. La caracteriología positiva, que capta los tipos y las estructuras como aproximaciones al misterio personal, se destaca sobre el fondo negro de una caracteriología negativa, como la teología positiva sobre la teología del no saber. Sólo el compromiso personal en la aventura total del hombre, su comprensión activa y amplia, le dan al candidato al conocimiento de los hombres la ignorancia sabia que le abre los accesos" (Tratado, II, 70).

3.4.- Persona y comunidad

"El aprendizaje de la comunidad es, por tanto, el aprendizaje del prójimo como persona en su relación con mi persona, lo que se ha llamado felizmente el aprendizaje del **tú**.

No se trata ya de buscar el placer espontáneo, la diversión del **estar juntos** distrayéndose mutuamente de sí. Los individuos extraños a sí mismos, despersonalizados, gozan también estando juntos, ya sea para encontrarse los unos en los otros ya sea para ocupar su alma vacante por la curiosidad, la irritación o los dramas frágiles de las diferencias que les separan" (Revolución personalista y comunitaria, I, 192).

"El otro no empieza a ser un elemento de comunidad más que desde el momento en que se convierte para otra persona una **segunda persona**, es decir, desde el momento en que es querido por ella como primera persona en relación con ella. Yo descubro a un hombre cuando súbitamente se levanta como un **tú**. **Tu quoque, fili**. Unos hombres armados, desconocidos, extraños, que vienen por un acto banal, y de repente uno de ellos adquiere un rostro. **Tu quoque**. Una comunidad perfectamente espiritual daría este grito en cada encrucijada. La tercera persona sería eliminada. El **vosotros**, es decir, la comunidad pensada colectivamente haciendo abstracción de mí mismo, apenas sería pensable (y sería indecente el **vos** de cortesía que intenta interponer entre las personas un campo de resistencia social, una codificadión de los particularismos). No quedarían más que **yoes** y **túes**, y un solo **nosotros** abarcando y uniendo una infinidad de predilecciones singulares.

La filosofía de la tercera persona se llama panteísmo, o filosofía de la inmanencia pura. La inmanencia, en una comunidad personalista, es la compenetración de personas entre sí, que siguen siendo **yo** y **tú**; ella implica siempre una separación, un aparte, un secreto del corazón. En el caso único de la relación de la persona creada con el Tú absoluto, Dios, esta separación, única a su vez, se llama transcendencia.

La relación del **yo** con el **tú** es el amor, por el que mi persona se descentra de alguna manera y vive en el otro aunque poseyéndose e y poseyendo su amor. **El amor es la unidad de la comunidad como la vocación es la unidad de las personas**. No se añade a la comunidad posteriormente, como un lujo, sin él la comunidad no existe. Hay que ir más lejos: sin él, las personas no llegan a ser ellas mismas. Cuanto más extraños me son los demás, más extraño me soy a mí mismo. Toda la humanidad es una inmensa conspiración de amor volcada sobre cada uno de sus miembros. Pero a veces faltan conspiradores.

Además no hay que confundir el amor con sus deformaciones. El amor no es la consonancia, o la complacencia, o el agrado: todos conocemos esas parejas armoniosas que se pudren en la mediocridad. La complacencia se juega entre individuos. El amor apunta por encima del individuo a la Persona que llama, por encima de las consonancias del azar o las diferencias de superficie que pueden seducir, pero no retienen. El amigo no pide al amado que lo refleje, o lo consuele, o lo distraiga, sino que sea él mismo de manera incomparable y que provoque un amor incomparable.

Toda la historia de la comunión humana es un poco un juego del amor y del azar. Yo veo abajo a los más mediocres jugadores, sus asonancias, que ellos toman por grandes obras, sus incompatibilidades de humor, de las que hacen montañas. Más arriba, las verdaderas personalidades, que chocan entre sí porque no quieren en absoluto distenderse y acarician sus propiedades, inaptas a la renuncia mutua por falta de costumbre de renuncia interior. En la cima, el amor que ha vencido el azar. El mundo de la Fidelidad. La Fidelidad no es, como sus deformaciones baratas, una seguridad confortable, o un gozo delicado de la pátina de los sentimientos. Es un humilde conocimiento del tiempo que hace falta para crear una comunidad aunque sea de dos, y esto nunca está acabado. Este **nosotros** personal lentamente edificado lo dispersa la materia a cada instante en estados sin rostro; ella solicita los fervores despertados por él hacia la multitud anónima de sus tentaciones. Pero la Fidelidad reagrupa perpetuamente su obra. No es un golpe de fuerza del presente sobre el futuro. Es el desarrollo progresivo de un compromiso anudado más allá del tiempo y que no tiene suficiente tiempo para acuñarse. No tiene sitio más que en un mundo que cree en lo eterno y pone el esfuerzo hacia la perfección por encima del placer provisional; no podría ser ella misma más que siendo eterna; puede ampliarse: ¿pero puede renegar de sí sin renegar de mí?

Se ve que sin la miseria del lenguaje sería superfluo hablar de filosofía personalista y comunitaria. Quien se busca en solitario se vuelve maníaco o loco; quien busca la comunidad por encima de las Personas, entre los solos individuos o las solas "personalidades", no encuentra más que tiranía o desorden. Lejos de nivelar a las Perso-

nas en un conformismo, la Comunidad no nace más que de la ruína de los conformismos" (Revolución personalista y comunitaria, I, 193 194).

"Esta vida personal no es una vida aislada. En su corazón la Persona encuentra el amor y no se encuentra a sí misma más que perdiéndose en él. ¿Instinto social, solidaridad? De ninguna manera. Se trata de otra cosa. Se trata de este milagro, la comunión de dos Personas. Solamente ahí, en el descubrimiento de un Tú por un Yo y el la formación de un Nosotros personal, que supera estos términos, es donde elucidamos el verdadero lazo social humano; ahí, porque nada viene a brutalizar la unión: ni el número, ni el contrato, ni los intereses. Dos seres que se aman por estas profundidades llegan a formar, con sus dos pesonas, una verdadera Persona nueva. Y cuando hay muchas, cuando hay mil, sólo hay una verdadera comunidad si hay otras tantas veces dos: tantas veces nosotros dos. Una comunidad y una Persona nueva que une a personas por el corazón de sí mismas. No es una multitud" (Revolución personalista y comunitaria, I, 237).

"Así, la primera preocupación del individualismo es centrar al individuo sobre sí; la primera preocupación del personalismo es descentrarlo para establecerlo en las perspectivas abiertas de la persona.

Estas se afirman muy pronto. El primer movimiento que revela un ser humano en la primera infancia es un movimiento hacia el otro: el niño de seis a doce años, al salir de la vida vegetativa, se descubre en el otro, se percibe a sí mismo en actitudes dirigidas por la mirada del otro. Sólo más tarde, hacia los tres años, vendrá la primera ola de egoísmo reflexionado. Cuando pensamos en la persona estamos influídos por la imagen de una silueta. Nos situamos entonces ante la persona como ante un objeto. Pero mi cuerpo es también este agujero del ojo abierto sobre el mundo olvidándome de mí mismo. Por experiencia interior la persona nos aparece también como una presencia dirigida hacia el mundo y las otras personas, sin límites, mezclada con ellos, en perspectiva de universalidad. Las otras personas no la limitan, sino que la hacen ser y crecer. La persona no existe más que hacia el otro, no se conoce sino por medio del otro y no se encuentra más que en el otro. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El **tú**, y en él el **nosotros**, precede al **yo**, o al menos lo acompaña. Es en la naturaleza material (y nosotros estamos parcialmente sometidos a ella) donde reina la exclusión, porque un espacio no puede ser ocupado dos veces. Pero la persona, por el movimiento que la hace ser, se **expone**. De esta manera, es comunicable por naturaleza, es incluso la única que lo es. Hay que partir de este hecho primitivo. Igual que el filósofo que empieza encerrándose en el pensamiento no encontrará jamás una puerta abierta hacia el ser, también el que empieza encerrándose en el yo no encontrará nunca el camino hacia el otro. Cuando la comunicación se relaja o se corrompe yo me pierdo profundamente a mí mismo: todas las locuras son un fracaso de la comunicación con el otro -el **alter** se convierte en **alienus** y yo me convierto, a mi vez, en extraño para mí mismo, en alienado-. Se podría decir que yo no existo más que en la medida en que existo para el otro y, en el límite, ser es amar.

Estas verdades son el personalismo mismo, hasta el punto de que es un pleonasmo al designar la civilización que él persigue como **personalista y comunitaria**. Estas verdades expresan, frente al individualismo y al idealismo persistentes, que el sujeto no se alimenta por autodigestión, que no se posee más que aquello que se da o aquello a lo que se da y que no se construye la propia salvación en solitario, ni social ni espiritualmente. El acto primero de la persona es, por tanto, suscitar con otros una sociedad de personas cuyas estructuras, costumbres, sentimientos e instituciones, en fin, estén marcados por su naturaleza de personas: sociedad cuyas costumbres empezamos sólo a entrever y esbozar" (El personalismo, III, 453-454).

3.5.- Crear prójimo

"Si la vocación suprema de la persona es divinizarse divinizando al mundo, personalizarse sobrenaturalmente personalizando al mundo, su Pan cotidiano no es ya penar, o divertirse, o acumular bienes, sino, hora a hora, crear prójimo alrededor de ella. Su cotidianeidad no tendrá ya desde este momento el rostro del rechazo, de la acritud, de la reivindicación, de la hostilidad o simplemente de la frialdad y la cerrazón, sino que será disponibilidad, acogida, presencia, respuesta, comprensión, felicidad de los encuentros. La hipertrofia de sí se nos ha aparecido como la causa de la indisponibilidad; la caridad cristiana es "presencia, disponibilidad absoluta" (G. Marcel), cruzada permanente contra la indiferencia y el odio" (Personalismo y cristianismo, I, 766).

"Yo trato al otro como un objeto cuando lo trato como un ausente, como un repertorio de informes para uso particular (G. Marcel) o como un instrumento a mi merced; cuando lo catalogo sin apelación, lo que es, propiamente hablando, desesperar de él. Tratarle como un sujeto, como un ser presente, es reconocer que yo no lo puedo definir, clasificarle, sino que es inagotable, henchido de esperanzas, y que sólo él dispone de sus esperanzas: es concederle crédito. Desesperar de alguien es desesperarlo. El crédito de la generosidad, por el contrario, es fecundo hasta el infinito. Es llamada, "invocación" (Jaspers) y esta llamada alimenta" (El personalismo, III, 455).

3.6.- Hospitalidad

"La conducta elemental más reveladora de la sociabilidad abierta es sin duda la hospitalidad. Este gusto de abrir la propia puerta al amigo o al extraño sin cálculo de bienestar, de compensación o de prudencia ha sido tan bien eliminado desde hace un siglo de nuestras sociedades "civilizadas", que no hay quizás signo más neto de la barbarie educada de la que nos hemos dejado invadir. La hospitalidad es un criterio de apertura al otro mucho más selectivo que los criterios elegidos por Heymans. No caracteriza sólo las actitudes individuales; toda sociedad preocupada de no cerrarse sobre sí misma, atenta a sus tics, a sus particularismos, a las incomprensiones que sostiene por sus condiciones de tiempo y de lugar, ya sea una familia, un grupo es-

pontáneo o una nación, marca a sus miembros con una libertad de espíritu que no excluye una lazo comunitario poderoso, pero que introduce en el tejido comunitario esta circulación de aire sin la cual se ahogaría la vida" (Tratado, II, 522).

3.7.- Generosidad-avaricia

"Con este binomio tocamos quizás la más esencial de las determinaciones psíquicas. La materia es la exactitud misma, al menos a escala nuestra. Sus leyes casi rigurosas establecen en el universo esta buena economía de base que produce parejas ordenadas. La vida introduce en ella las primeras costumbres de la abundancia: allí donde la materia nivela, la vida hace rebotar; allí donde la vida no hace más que trocar sobre un fondo que se agota siempre, y no se vuelve a constituir jamás, la vida, la primera, crea, acumula y derrocha. Pero lo hace aún a ciegas. La persona da por primera vez un sentido a esta sobreabundancia al iluminarla por la intención generosa. Crea y da sin cálculo porque lleva en sí, si no el recurso para dar siempre más, sí al menos el movimiento para ir siempre más lejos. Pero al mismo tiempo sabe por qué da, a quién da y por qué sobreabundantemente. La generosidad es su virtud más representativa, parece como la imagen de una Infinitud creadora. Se tendría la tentación de decir que la generosidad es más esencial aún que la afirmación en el montaje del hombre, si la afirmación consciente no fuera necesaria para dar una raíz sólida a su nacimiento.

La psicología encuentra la generosidad antes incluso de que ésta sea una virtud, cuando no es todavía sino la mayor docilidad de un temperamento a las espontaneidades de la vida personal. Existen seres que la han recibido como un don del cielo por una especie de gracia vital. La generosidad comienza con la gentileza, esta pequeña virtud de gran raza tan perdida en el mundo moderno. El egocentrismo es mínimo en estos temperamentos. Poseen en estado innato esa liberalidad que es como la facilidad con que el fruto se separa del árbol, el bien de su poseedor y el acto de su autor. Ante las elecciones que les propone la ocasión, van con una seguridad de gran clase y una simplicidad de niños a aquellos que les cuestan el máximo y que dan el máximo. Junto a tantas virtudes tensas y sin gracia, junto a tantas formas crispadas de heroísmo y ascesis, parecen los embajadores sin alharacas de un mundo más verdadero y no menos exigente, pero juvenil y natural hasta en la inmolación. Su acción produce el espectáculo de una especie de presencia real de la fecundidad. No son inventores impotentes, errando entre posibles, corriendo sin aliento tras una plenitud que no alcanzarán jamás. "Haces demasiadas cosas", le decía Cristo a Marta, que se deshacía en atenciones. No prefieren la ebriedad de lo indeterminado a la modestia de lo real. Pero no están, bajo pretexto de realismo, cerrados a la parte más bella de la realidad. Les gusta manejar las cosas, las verdaderas cosas existentes, a manos llenas, y en la contemplación del mundo no se cansan de remover la suntuosidad del detalle: evóquese la manera de Péguy, su minucia pródiga, su alegría de salvar en su Paraíso desbordante el menor matiz, el menor objeto, la menor palabra. Klages opone esta

abundancia vital a la sequedad del espíritu y de la voluntad. Pero no se la puede reducir así a la profusión de un psiquismo que no ha roto con las plétoras elementales del instinto. Hemos visto que el instinto tiende a deslizarse en el hombre hacia el egocentrismo y la pobreza de la repetición. La generosidad recibe del instinto una parte de su savia. Pero en su movimiento implica un dominio del instinto, una victoria sobre su egoísmo y su rigidez impulsiva. Es inagotablemente múltiple, perpetuamente inventiva y aventurera. Así, los generosos detestan los cálculos sobre los cuales reposan nuestras costumbres de decencia: el toma y daca, la estricta reglamentación de los movimientos del corazón, de la hospitalidad, de las relaciones humanas. Estos usos fueron primitivamente un homenaje desciplinado a una cierta gracia de la vida social, una técnica de flexibilización del egoísmo. Se han convertido, con la avaricia burguesa, en el código mismo de la muerte espiritual. El generoso es mal propietario y mal ecónomo: prefiere dar a poseer, distribuir a acumular, dejar que las cosas vivan a conservarlas, y estaría frecuentemente tentado de hacer virtudes de la extravagancia y la prodigalidad a fuerza de ver honrar a su alrededor la mediocridad satisfecha y la economía sórdida. La generosidad hace al mundo a su imagen, más exactamente, descubre en él su imagen latente. Sin embargo, no cae en la ilusión el impulsivo, del que se dice que se da rápidamente, mientras que se debería decir que se entrega rápidamente, por una especie de ligereza periférica, y no por el peso de una riqueza sobreabundantedel interior. La generosidad reconoce bajo el mundo pobre un mundo generoso, lo ve por transparencia tras la miseria cotidiana, confía en él y no quiere tratar más que con él, sabiendo que al prestar generosidad se la suscita.

La avaricia de la que hablamos aquí es más radical que la avaricia del dinero. Es una disposición estrecha del corazón, una "pobreza vital" (Prinzhorn), una ausencia de espontaneidad y de liberalidad, una parsimonia original en la comunicación de sí. Frecuentemente estos avaros esenciales son débiles, enclenques, "pobres hombres", y si gastan poco es porque tienen poco: de ahí esa morosidad, especie de "pequeñas tristezas, de pequeña avaricia moral y física perpetua" de la que hace Janet una característica frecuente de la astenia. Desvalorizan todas las cosas alrededor de sí y se construyen un mundo mezquino para no ser aplastados por el poder desbordante del mundo real. Además hay que clasificar aparte a ciertos angustiados. Estos ofrecen todas las apariencias de la parsimonia, pero se ven arrojados a ella por un terror enfermizo al riesgo y la incertidumbre, y no por una estrechez radical del corazón: con frecuencia incluso la minucia puntillosa de su comportamiento práctico contrasta con una vida de generosidad y entrega. Hipersensibles y no indiferentes, irresueltos hasta en sus cálculos, ponen su pusilanimidad al servicio de una solicitud inquieta por el otro con mucha más frecuencia que al servicio de su propia tranquilidad. Dejados aparte estos casos, queda la avaricia esencial a la que nos referimos aquí. Innumerables seres, a los que, sin embargo, la vida no ha medido su prodigalidad, oponen a los hombres y a los acontecimientos una desconfianza tan radical que manifiesta una actitud de rechazo hacia el ser en todas partes donde irradia; más que un rechazo, una protesta; más que una protesta, un resentimiento contra su generosidad creadora. Estas personas reservan sus sentimientos, retienen sus actos, comprimen sus pensamientos. Débilmente emotivos, pues la emotividad expone y arrastra, son generalmente

inactivos y secundarios. No solamente viven a contrapelo del impulso espiritual, sino que viven a contrapelo de la vida misma, pues, al esbozar ya el movimiento del espíritu, la vida premia allí los riesgos de la generosidad. Uno de los méritos del freudismo es haber mostrado que a través de todas las crisis de crecimiento desde el destete infantil, la vida sólo se expande allí donde una renuncia atrevida sabe aceptar la aventura de un futuro con el sacrificio de los sistemas adquiridos, o si se quiere -es la fórmula misma de la generosidad- la aventura de un ser-más en el sacrificio de un tener. Cuando la avaricia vital rechaza este salto, nacen las múltiples formas de involuciones afectivas: repliegue egocéntrico, narcisismo, rigidez, espíritu de reivindicación, etc.

La avaricia de dinero no es más que una de las fórmulas, y no la más frecuente, de esta avaricia más general del corazón. Se encuentra en los sentimentales de emotividad débil (emotivos no activos secundarios) y se extiende a derecha e izquierda entre los secundarios, desde los apáticos hasta los flemáticos. La secundariedad, sostenida por la inactividad, los repliega sobre sí, los aparta de la preocupación por el otro y consolida sus costumbres por la fuerza que da a las inercias del pasado, la desconfianza que suscita ante el futuro y la sistematización que aporta a las rutinas. Los avaros de dinero están perdidos en la masa mucho más considerable de los avaros de sí. Quizás es cierto, como afirman algunos escritores religiosos rusos, que su mal representa el pecado original de Occidente, especialmente desde que la burguesía, de conquistadora, se ha convertido en áspera, calculadora y mortalmente ordenada.

El avaro de dinero es una excepción, una especie de monstruo. La vida nos ofrece una imagen mucho más banal de la avaricia esencial, la del parsimonioso, del que Toulemonde nos ha dejado un vivo retrato. Este tiene la pasión del orden: alinear, dar brillo, tapar las botellas, enderazar los cuadros, alinear las simetrías. Gasta una imaginación desbordante en inventar nuevas adaptaciones, que no son precisamente invenciones, sino acomodaciones a una vida menos arriesgada o al máximo rendimiento: tal objeto estaría mejor colocado aquí, tal instrumento podría ser utilizado mejor, tal disposición podría ser perfeccionada. Está siempre atento a no gastar en vano ningún capital: ecónomo de cabo de velas y de cuerda, atento únicamente al ahorro inmediato que satisface su disposición estrecha, aunque una economía más inteligente debiera sufrir finalmente por ello. De forma semejante, sufre por el derroch e social; apaga las lámparas en los pasillos de los hoteles,y si queda algo de un plato en la mesa, preferirá importunar a sus comensales a verlo perderse sin utilidad. Piensa de la manera más seria en sacar partido de cualquier objeto usado, corre tras las oportunidades, aunque el placer de comprar barato le lance a hacer gastos inútiles. Es el comprador odiado por los vendedores, el regateador infatigable, que teme siempre ser robado, cliente típico de los Prisunic que no dejan ningún lugar a la sorpresa ni a la locura. Regula de la misma manera hasta sus fantasías íntimas, poseído como está por el miedo a lo imprevisto: insoportable viajero que se sobrecarga de información, de horarios, de tarifas y de guías, verifica aisladamente sus notas y su dinero, discute con los chóferes, con los botones de hotel, con sus vecinos de compartimento, siempre al acecho de un gasto obligado o de un derecho desconocido.

Muchas personas justas y de orden se extrañarían si bajo su más noble máscara se les descubriera el rostro horroroso de esta avaricia. Se estiman correctos con la vida porque no esperan nada de ella y no le piden privilegios extraordinarios. Esta moderación razonable es precisamente una conducta insensata en un mundo cuya textura es promesa y sobreabundancia. Su misterio chorrea a su alrededor avances inauditos, proposiciones milagrosas, y ellos, para actuar, meten la nariz en reglamentos de policía urbana. Sus relaciones de estricta equivalencia con el otro, su guardia constante contra la espontaneidad, contra la sorpresa, contra el enigma, contra la aventura, contra el gesto loco que haría estallar su universo de calculadores hacen de ellos algo más que enclenques: el producto más odioso, quizás, de la complicación de las potencias de muerte en una civilización que las ha multiplicado bajo falsos nombres al igual que las potencias de vida" (Tratado, II, 322-326).

3.8.- El juicio fraternal de la mirada del otro

"Cada hombre que con su sola mirada plantea delante de mí una pregunta, me llama a la responsabilidad moral, sea que me solicite a una conversión espiritual por el atractivo de su presencia, sea que, por su degradación, se porte como un reproche viviente contra la insuficiencia de mi propia irradiación. El **tú** está reservado, en inglés, al diálogo del hombre con su Juez. La conciencia moral afronta de cara este juicio fraternal, no el siempre falseado e ilegítimo que los hombres **hacen** los unos **de** los otros, sino el que los hombres **son** los unos **para** los otros. La buena conciencia, por el contrario, huye de este cara a cara y disipa con solicitud el reproche en la impersonalidad del grupo" (Tratado, II, 485).

"Un ser nuevo entra en el campo inmediato de mi vida y todo es vuelto a poner en cuestión por esta sola presencia. Hasta su encuentro, yo me situaba en un cierto haz, más o menos coherente, de disposiciones, creencias, costumbres y maneras de ser. Mi reflexión sobre todas ellas se había gastado con la costumbre. Yo había dejado de ver la mediocridad de las unas y las muecas de las otras. Yo estaba hecho a mi rostro, como algunos se hacen a su miseria o a su mugre. Más aún, yo reaccionaba vivamente cuando descubría en otros rasgos semejantes a los míos: si hubiera en el mundo tanta generosidad y nobleza como bocas para gemir contra el egoísmo y la depravación! Uno que reprocha al partido de frente el someter la religión o la patria a una política, bajo pretexto de salvarlas, las anexiona ingenuamente a su propio partido. Pero héte aquí que una nueva mirada cae sobre mí. Desconcierta este orden somnoliento. Yo me hago, pero esta vez en el sentido más lúcido de la palabra, **self conscious**. Costumbres, tics, particularidades y creencias implícitas se colorean bajo el solo efecto de esta mirada como un cliché bajo la acción del revelador. Hay miradas que actúan lentamente, otras que te despojan de golpe. Las hay que operan de lejos, a través de una carta o un libro. Esta acción reveladora no es la única. Tanto la mirada de otro, cuando ilumina nuestro relieve interior, como nuestra propia mirada cuando se dirige sobre el otro, provocan una especie de estructuración de nuestras proporciones. Estas manías, estas mediocridades, estas preocupaciones, estos prejuicios que yo tomaba en serio, héte aquí que al ser vistos en el otro se me aparecen como lo

que son, algo grotesco, o al menos pintoresco psicológicamente. La maledicencia tiene generalmente razón en sus diagnósticos. ¿Por qué, entonces, nuestro juicio no es siempre tan seguramente lúcido y mordiente como lo sabe ser en su uso externo? Solamente ahí restablece las medidas verdaderas del hombre y ve sus pequeñeces como lo que son. ¡Oh ridiculosíssimo éroe! Kohler ha mostrado que en el caso de la actividad inteligente el desvío es frecuentemente el camino más corto de un punto al otro: todo ocurre como si el mundo físico nos forzara a romper la rigidez del instinto en los dédalos que propone a la ingeniosidad de la acción. Ocurre que, siguiendo un orden análogo, el otro es el camino más corto que conduce desde mí mismo al conocimiento de mí mismo. La conciencia aislada es la afirmación ciega, rígida, masiva. El otro es la interrogación que se levanta en el camino, el resorte dela ironía saludable. Solo, yo me lleno con el estorbo de mi suficiencia y mis desperdicios. Pronto soy como un libro escrito o como una siega hecha. El otro es lo inaudito que llega sobre este amortiguamiento a hacer oir su reproche o su llamada, a despertar con sus amenazas o sus promesas mis poderes dormidos. Bajo el ácido de esta ironía, bajo la profusión de estos avances, yo tomo de mí mismo una conciencia ridícula que es el comienzo de la sabiduría. El sentido del ridículo es una aprehensión divertida de nuestra nada como el enfado es su aprehensión sombría. Aplasta al débil, pero el fuerte le devuelve la réplica con su propia ironía. La unión de estas dos ironías compone este humor atrevido y modesto, situado entre la suficiencia y la humillación, y que mide una especie de buena salud moral. No es solamente irónico: esta "turbación deliciosa de mezclarse con una vida desconocida", de la que habla Proust, es uno de los sentimientos más conmovedores" (Tratado, II, 502-503).

3.9.- Aislamiento

"No es, por tanto, en un aislamiento altivo, es en el descubrimiento de este tú donde yo aprendo a conocer a la persona, a mi persona, y a Dios a través del otro. La búsqueda solitaria del yo, al privar por su gesto mismo a mi vida espiritual de una dimensión vital, me desvía enseguida lejos de mí, hacia los aspectos más decepcionantes de mi individualidad. Le falta a mi búsqueda la ascesis fecunda y dura de la comprensión del otro, el aprendizaje del amor, el encuentro de la libertad, conocida no ya como espontaneidad vaga o como plenitud feliz, sino como resistencia y como llamada" (Personalismo y cristianismo, I, 765).

3.10.- Indiferencia

"El primer acto de mi iniciciación a la vida personal es la toma de conciencia de mi vida anónima. El primer paso, correlativo, de mi iniciación a la vida comunitaria es la toma de conciencia de mi vida indiferente: indiferente a los otros porque está indiferenciada de los otros. Estamos aquí en el umbral en que comienza la vida solidaria de la persona y de la comunidad" (Manifiesto, I, 537).

3.11.- Desconfianza

"La desconfianza no es la lucidez que aparenta ser; es la cara que vuelve hacia el otro la avaricia. Frecuente en los psicoasténicos, revela la enclenquez psíquica de éstos más que su mala voluntad. En otros casos es indisponibilidad íntima y, proplamente hablando, inhospitalidad del corazón. Para quien desconfía, el que se le pone delante, cualquiera que sea, el visitante, el pasajero, el mendigo, el proveedor, el vendedor, el extranjero, en un enemigo o un impostor posible. Cierra su puerta dos veces antes que abrirla una sola vez a un sinsabor, cuenta las monedas con una especie de complacencia insolente delante del chófer que acaba de traerle, pone trampas a sus criados, rechaza a todos los pedigüeños para no ser engañado por uno solo, niega su casa a quien no es de la región o del círculo de los asiduos, aborda todo encuentro humano como de sesgo y cargado de cálculos" (Tratado, II, 476).

"Pero la desconfianza habitual tiene un diagnóstico más grave que el de una reacción protectora elemental. No es solamente un espasmo del instinto, sino que es ya una avaricia de hombre. La desconfianza niega al otro ese crédito de hombre a hombre que es una especie de homenaje anticipado a los efectos de la generosidad" (Tratado, II, 475-476).

3.12.- Tristeza

"La tristeza es un proceso de desvalorización de las cosas, que las alcanza en la medida en que no somos arrastrados a obrar a propósito de ellas. Es, dice Bergson, una orientación hacia el pasado, un empobrecimiento de nuestras sensaciones y de nuestras ideas, como si cada una de ellas no se mantuviera más que en lo que ella da, y como si el futuro nos estuviera cerrado en lo sucesivo. Nace del sentimiento del "¿Para qué?". Es a la vez una dimisión de nosotros mismos y una desesperación sobre el mundo: por esto los teólogos han visto en ella una tentación del demonio y un pecado" (Tratado, II, 271).

3.13.- Esperanza

"La esperanza es la confianza de la fe, y no la espera mórbida, de compensaciones imaginarias a las decepciones de hoy.

En el otro extremo, y además porque somos testigos, la amargura nos parece tan extraña como la utopía. Tiene cierta grandeza entre algunos de la generación anterior,

de los que renegamos. Pero en definitiva la amargura no es una actitud espiritual, es un odio, una retirada, una vía de fuga. Establece una satisfacción de la soledad al lado de los satisfechos de la abundancia. Nosotros estamos contra todos los satisfechos" (Revolución personalista y comunitaria, I, 152).

"En la cumbre de la esperanza, el creyente alcanza la plegaria, que no es en principio, como muchos piensan y practican, la exposición de las intenciones particulares, sino una adhesión a la intención total del futuro: FIAT voluntas TUA. No nos corresponde, en el cuadro de estas investigaciones psicológicas, penetrar más lejos en la espiritualidad de la esperanza. La experiencia demuestra qué poderosa fuerza constituye para la curación de la angustia, de la agitación, de la dispersión, de la pusilanimidad, en una palabra, para la unificación y la paz interiores" (Tratado, II, 315).

"La desesperación es un sentimiento individualista. Los grupos tienen cóleras o desánimos, no se sientes desesperados. La desesperación repite en todos los sentidos el gesto que aisla, rehúsa o rechaza. Es voluptuosidad de negación, sale del vacío y crea el vacío. Lo trágico nace, por el contrario, de la profusión. El hombre que se repliega cae en la desesperación por una pérdida indefinida de sustancia. El hombre comprometido se enriquece de virtud trágica, porque el mundo en el que se compromete es un mundo roto cuyas partes se entrechocan y cuyos gestos se desgarran entre sí. Por muy dolorosa que sea la experiencia de lo trágico, es una experiencia de plenitud, lleva en su plenitud herida la esperanza y los primeros avances de una reconciliación final" (El afrontamiento cristiano 2, III, 18-19).

3.14.- El milagro del acto creador

"Aunque la decisión comporta un equilibrio, es infinitamente más que un equilibrio, es un comienzo en el ser y la afirmación de un Yo. Ninguna proporción de motivos y de móviles, de influencias y de poderes puede agotar la realidad transcendental de este acto. La vanidad de la psicología idealista y de la psicología positivista es haber querido eliminarlo al mismo tiempo que la primera persona que lo sostiene. La decisión no es, en efecto, un acto en la persona, es la persona en acto, toda entera concentrada sobre una afirmación creadora de bien o de mal, de verdad o de error; la decisión es la persona que responde "presente" a una llamada del mundo y que se compromete, para la vida y para la muerte, en la respuesta que le da. Al menos ésta es la única decisión que merece tal nombre. La resolución del carácter es una capacidad habitual de decisión: es el poder central de la persona. Escapa a todo análisis psicológico. Se conoce a sí misma por la prueba y se experimenta a sí misma, se gana o se corrige en el acto responsable, de cara a lo real y de cara a los hombres (...).

Asímismo el secreto de la acción es la aceptación o la no aceptación del riesgo. Nunca un debate puramente intelectual conducirá a una decisión: cuanto más son perfilados intelectualmente los motivos, más se iguala su fuerza, pues el mundo es complejo y no hay un **para** que no envuelva un **contra**, y no hay un motivo que no consiga movilizar mucha sabiduría sin sofisma. Es por esto por lo que el intelectual

que sólo es intelectual, pesador de ideas, ve siempre su balanza casi en punto muerto. La acción tiene como efecto precisamente franquear esta muerte en una apuesta que, no siendo siempre irracional, no es, sin embargo, totalmente razonable. El "instinto" de seguridad y de repetición, el "instinto" de muerte se opone a ella con toda la fuerza inerte de la pereza vital. Su gran argumento, el argumento de todos los conservadurismos, se resume en dos palabras: integridad, continuidad. Pero la integridad que defiende es la integridad del ser caduco, y la defiende contra las promesas del ser en desarrollo, es decir, precisamente contra la única continuidad que es válida, la continuidad creadora, el crédito concedido al futuro. Los psicoanalistas tienen razón en señalar que **decidir** quiere decir **cortar**, y que toda decisión prolonga aquella otra por la que el viviente cortó una vez el cordón umbilical que le retenía en la vida recibida para comprometerse con la vida arriesgada. El temor de la mutilación y el temor de lo desconocido están siempre en la raíz del miedo a la acción. Descartes hacía de la generosidad la primera de las virtudes. Tenía razón. Si la generosidad se define por la apuesta no justificada, por el crédito no calculado, es el gesto mismo que hace al hombre (...).

La persona viva está constantemente solicitada por la fascinación de las cosas y por la pendiente de su inercia para convertirse en un elemento pasivo de este mundo, un "se". Se le promete la tranquilidad si no asume ningún nombre y no responde a ninguna llamada, si no se mete demasiado entre los hombres, si es avara de iniciativas y parsimoniosa de riesgos. Pero está atormentada por un ardor que la conjuración de los tranquilos no acierta siempre a apagar: la persona es movimiento hacia adelante y promesa generosa de salvación para el universo entero. No se le ha concedido en este camino ni reposo ni límite; debe afrontar sin cesar, conquistar, sobrepasar. La muerte lenta de la materia le acosa y, si no se pone en guardia, la envuelve y la penetra. Su vida no es más que una lucha perpetua contra una perpetua amenaza, una guerra de obstáculos, un drama siempre anudado y vuelto a anudar tan pronto como ha sido desanudado. La resistencia no la encuentra solamente delante de sí; la persona la lleva en el corazón de sí misma, en esa duda que nace de la afirmación misma, en ese escrúpulo que se incrusta en la intención más firme, en ese mal sabor que estropea la felicidad, es ese despecho que deflora la virtud, en el mal de vivir que roe el gusto de la vida, en los dioses batalladores que se desgarran sus pensamientos. Toda la historia de la acción es la historia de nuestra lucha contra la resistencia" (Tratado, II, 421-424).

3.15.- El afrontamiento

"La afirmación superior del yo es en principio, como su nombre lo sugiere, un reforzamiento del ser personal por la asimilación deliberada de sus experiencias. En un movimiento venido de las profundidades, la persona se da a luz a sí misma progresivamente por sus elecciones. Elige ser una, y bajo el cielo de un cierto universo de valores. Aparte la dulce pero estéril profusión de los posibles por la resignación activa

con una historia particular. En una vida en que la existencia es tan fatalmente limitación como promesa generosa, la persona acepta el límite para ser. El indeciso o el dilettante no conocen nunca esta robusta prueba de la opción de la que la musculatura psíquica toma su tonicidad. La experiencia estrecha de la agresividad se transfigura, mediante la elección, en experiencia esencial del afrontamiento, del cara a cara vital que conduce por algún sesgo a un cara a cara con la muerte"

"Sí, es cierto que hay que conocer el obstáculo para rodearlo, pero también es cierto que hay que ignorarlo. Sí, es cierto que los hechos son nuestros maestros, pero es todavía más cierto que la vocación del hombre es crear los hechos. Ignorar el obstáculo, crear hechos: esto es la fe" ("Certidumbre de nuestra juventud", mayo de 1933, en Las certidumbres difíciles, IV, 25).

"No se sabe ya lo que es el hombre y, como hoy se le ve atravesando asombrosas transformaciones, se piensa que no hay naturaleza humana. Para unos esto se traduce: todo le es **posible** al hombre, y vuelven a encontrar una esperanza; para otros: todo le está **permitido** al hombre, y sueltan toda brida; por último, para otros: todo está **permitido sobre** el hombre, y hénos aquí en Bhenwald. Todos los juegos que nos divertían del desasosiego han agotado su virtud o se acercan a la saciedad. El juego de ideas ha dado su obra maestra con el sistema de Hegel: éste firma, en efecto, el fin de la filosofía, en caso de la filosofía no sea más que una arquitectura sabia para enmascarar nuestra angustia. La alienación religiosa que se ha fijado en el Dios de los filósofos y de los banqueros nos autoriza, en efecto, si se trata de esteídolo, a proclamar la muerte de Dios. Que las guerras dejen un poco de respiro al milagro técnico y pronto, ahítos de comodidad, podremos proclamar la muerte de la felicidad. Una especie de siglo XVI se agota ante nuestros ojos: se aproxima el tiempo de "rehacer el Renacimiento".

La crisis de las estructuras se mezcla con la crisis espiritual. A través de una economía enloquecida la ciencia sostiene su carrera impasible, redistribuye las riquezas y transtorna las fuerzas. Las clases sociales se dislocan, las clases dirigentes zozobran en la incompetencia y la indecisión. El Estado busca su lugar en este tumulto. Finalmente, la guerra o la preparación de la guerra, resultante de tantos conflictos, paraliza desde hace treinta años la mejora de las condiciones de existencia y las funciones primarias de la vida colectiva.

Ante esta crisis total se manifiestan tres actitudes

Unos se entregan al miedo y a su reflejo habitual: el repliegue conservador sobre las ideas adquiridas y los poderes establecidos. La astucia del espíritu conservador consiste en erigir el pasado como una pseudo-tradición, o incluso como una pseudo-naturaleza, y en condenar todo movimiento en nombre de esta forma abstracta. Se adorna así con prestigios mientras compromete, al retirarlos de la vida, a los valores que pretende salvar.

Otros se evaden en el espíritu de catástrofe. Embocan la trompeta del Apocalipsis y rechazan todo esfuerzo progresivo so pretexto de que sólo la escatología es digna de su alma grande; vociferan sobre los desórdenes del momento, al menos sobre aquellos que confirman sus prejuicios. Neurosis clásica de los tiempos de crisis, en los que abundan los engaños.

Queda una salida, una sola: afrontar, inventar, arremeter, la única que desde los orígenes de la vida ha zarandeado siempre las crisis. Los animales que para luchar contra el peligro se han adherido a los recodos tranquilos y se han vuelto pesados con un caparazón, no han producido más que almejas y ostras. El pez, que ha corrido la aventura de la piel desnuda y el desplazamiento, ha abierto el camino que desemboca en el **homo sapiens**. Pero hay muchas maneras de arremeter.

Nosotros no combatimos el mito conservador de la seguridad para caer en el mito ciego de la aventura. Ante la mediocridad, el aburrimiento y la desesperación, esta fue la tentación de muchos jóvenes, de los mejores, a comienzos del siglo XX. Un Lawrence, un Malraux y un Jünger son sus maestros, con Nietzsche de fondo. "Un hombre activo y pesimista a la vez, dice Manuel en **L'Espoir**, es o será un fascista, salvo que tenga una fidelidad tras de sí". A su soledad, cercada por la muerte, no le queda otra salida que precipitarse en la borrachera de una vida única y suntuosa, desafiar el obstáculo, la regla, la costumbre, buscar en el paroxismo el substituto de una fe viva y dejar en alguna parte de esta tierra maldita una cicatriz duradera, aunque sea al precio de la crueldad, para asegurarse de una existencia a la que el mismo frenesí no llega a hacer evidente. Una cierta pendiente del existencialismo puede conducir por este lado; pero las decepciones acumuladas y el alistamiento de los tiempos de guerra son al menos tan favorables para este cóctel de lirismo y realismo. Alcohol para olvidar los problemas, reservado a quien pueda permitírselo: hoy sabemos que acaba en el crimen colectivo" (El personalismo, III, 511-512).

3.16.- El riesgo

"La acción más modesta asume riesgos, y la naturaleza psicológica del riesgo es la de ser una improbabilidad mucho más que una probabilidad. No hay acción sin una brizna de locura, sin una sinrazón soberana que se burla de las razones. No discutáis con el pusilánime: tiene razón en cada una de sus razones, pues la razón prevee todo, salvo el milagro mismo del acto creador" (Tratado II, 426).

"La aspiración transcendente de la persona no es una agitación, sino la negación de sí como mundo cerrado, suficiente, aislado en su propio surgir. La persona no es el ser, es movimiento de ser hacia el ser y sólo es consistente en el ser al que apunta. Sin esta aspiración, se dispersaría (M ler-Frienfels) en 'sujetos momentáneos'.

Esta riqueza íntima de su ser le da una continuidad no de repetición, sino de sobreabundancia. La persona es lo "no-inventariable" (G. Marcel). Yo la experimento sin cesar como desbordamiento. El pudor dice: mi cuerpo es más que mi cuerpo; la timidez: yo soy más que mis gestos y que mis palabras; la ironía: la idea es más que la idea. En mi percepción el pensamiento transtorna los sentidos, en el pensamiento la fe transtorna la determinación, como la acción transtorna las voluntades que la producen y el amor y los deseos que la despiertan. El hombre, decía Malebranche, es mo-

vimiento para ir siempre más lejos. El ser personal es generosidad. De esta forma funda un orden inverso a la adaptación y la seguridad. Adaptarse es reducir su superficie amenazada y hacerse semejante a lo que es al precio de lo que puede ser. La vida en nosotros, sobre todo delante del peligro, no exige más que adaptarse, al precio menos caro: es lo que se llama la felicidad. La persona arriesga y gasta sin mirar el precio" (El personalismo, III, 486-487).

3.17.- Las razones de vivir

"El movimiento de la persona hacia lo transpersonal es un movimiento combativo; por haberlo reducido a un éxtasis empalagoso muchos idealismos y espiritualismos dan náuseas. La experiencia muestra que no hay valor que no nazca de la lucha y no se establezca en la lucha, desde el orden político a la justicia social, desde el amor sexual a la unidad humana y, para los cristianos, el Reino de Dios. Hay que combatir la violencia; pero rehuirla a toda costa es renunciar a todas las grandes tareas humanas. Es propio del valor comunicar después al sujeto la paz que brota de las profundidades. Esta paz no puede ser nunca total, pues el valor no puede ser nunca abrazado ni comunicado en su plenitud. Para expresarlo el poeta, el pintor o el filósofo deben hacer uso de medios parcialmente oscuros o desconcertantes; el sentido de la historia permanece ambiguo; no se aproxima uno a las verdades más profundas más que por la astucia del mito, la paradoja, el humor o la transposición del arte; a veces incluso el desafío o la imprecación es una tentativa desesperada por arrojarse hacia ellos. Dios es silencioso y todo lo que vale en el mundo está henchido de silencio.

En estos caminos poco frecuentados, donde es tan cómodo jugar con la luz y la sombra, la mala fe y la impostura florecen en abundancia. No obstante, es de esta región de donde irradia "la eminente dignidad del hombre". El respeto a la persona humana sólo secundariamente es respeto a la vida: el respeto a la vida corre el riesgo de reducirse al gusto instintivo de vivir; el rechazo de matar, corre el riesgo de ocultar la repugnancia a ser matado, repugnancia ennoblecida por proyección. Ahora bien, querer vivir a cualquier precio es aceptar vivir un día al precio de las razones de vivir. No existimos definitivamente más que desde el momento en que nos hemos formado un cuadro interior de valores y de adhesiones del que sabemos que la misma amenaza de la muerte no prevalecerá contra él. Precisamente porque desarman estas ciudadelas interiores, las técnicas modernas de envilecimiento, las facilidades del dinero, las resignaciones burguesas y las intimidaciones partidistas son más mortales que las armas de fuego" (El personalismo, III, 489-490).

3.18.- El testimonio

"Es necesario acabar con las traiciones de la acción como con las traiciones del pensamiento. Y que estemos resueltos desde el comienzo por dos principios.

El primero, que actuaremos por lo que somos tanto y más que por lo que hagamos y digamos (...) Es la calidad de nuestro silencio interior la que irradiará nuestra actividad exterior, la acción debe nacer de la sobreabundancia del silencio.

(...) Hagámonos entender bien sobre el segundo principio. Nuestra acción no está esencialmente dirigida al éxito, sino al testimonio" (Revolución personalista y comunitaria, I, 151-152).

3.19.- La vocación

"Reuniéndose para encontrarse, expandiéndose después para enriquecerse y encontrarse de nuevo, reuniéndose de nuevo en la desposesión, la vida personal, sístole y diástole, es la búsqueda hasta la muerte de una unidad presentida, deseada y nunca realizada. Yo soy un ser **singular**, tengo un nombre **propio**. Esta unidad no es la identidad muerta del peñasco que no nace ni se agita ni envejece. No es la identidad de un todo que se abraza en una fórmula: desde los abismos del inconsciente, los abismos del subconsciente y el brotar de la libertad, mil sorpresas la cuestionan sin cesar. No se me presenta ni como un dato, tal como mis herencias o mis aptitudes, ni como pura adquisición. No es evidente: pero tampoco es evidente a la primera ojeada la unidad de un cuadro, de una sinfonía, de una nación o de una historia. Hay que descubrir en sí, bajo el fárrago de las distracciones, el deseo mismo de buscar esta unidad viva, escuchar largamente las sugerencias que nos susurra, experimentarla en el esfuerzo y la oscuridad, sin estar nunca seguros de tenerla agarrada. Esto recuerda más que ninguna otra cosa a una llamada silenciosa, en una lengua que nuestra vida se pasaría traduciendo. Es por esto por lo que la palabra vocación le conviene mejor que cualquier otra. Tiene su pleno sentido para el cristiano que cree en la llamada envolvente de una Persona. Pero basta para definir una posición personalista con pensar que toda persona tiene una significación tal que no puede ser reemplazada en el lugar que ocupa en el universo de las personas. Tal es la grandeza magistral de la persona, que le da la dignidad de un universo; y tal es, sin embargo, su humildad, pues toda persona le es equivalente en esta dignidad, y las personas son más numerosas que las estrellas. Es evidente que la vocación no tiene nada que ver con las pseudo "vocaciones" profesionales, que con demasiada frecuencia siguen la pendiente del temperamento o del medio.

Puesto que el incesante desciframiento que una persona hace de su vocación rompe incesantemente todo objetivo más corto (interés, adaptación, éxito), se puede decir en este sentido que la persona es la **gratuidad** misma, aunque cada uno de sus actos está comprometido y entregado. La persona es lo que en un hombre no puede ser utilizado. Por esto, incluso en la vida colectiva, la persona dará siempre primacía a las técnicas de **educación** y de **persuasión** sobre las técnicas de presión, de astucia o de mentira: pues el hombre no va bien más que allí donde va todo entero. La unidad de un mundo de personas no puede obtenerse más que en la diversidad de las vocaciones y la autenticidad de las adhesiones. Es una vía más difícil y más larga que las

brutalidades del poder. Sería utópico pensar que pueda ser siempre seguida. Al menos debe orientar las líneas directrices de la acción. El totalitarismo es la impaciencia de los poderosos" (El personalismo, III, 467-468).

3.20.- La libertad

"Nuestra libertad es la libertad de una persona situada, pero es también la libertad de una persona valorizada. Yo no soy libre solamente por el hecho de ejercer mi espontaneidad, yo me hago libre si inclino esta espontaneidad en el sentido de una liberación, es decir, de una personalización del mundo y de mí mismo. Del brotar de la existencia a la libertad hay por tanto aquí una nueva instancia, la que separa a la persona implícita, en la franja del impulso vital, de la persona que madura por sus actos en su espesor creciente de existencia individual y colectiva. De manera que no dispongo arbitrariamente de mi libertad, aunque el punto en que yo me desposo con ella esté escondido en el corazón de mí mismo. Mi libertad no es sólo surgente, sino que está ordenada o, mejor aún, llamada.

Esta llamada le da su fuerza de impulso y es por esto por lo que, en un análisis insuficiente, se confunde con su impulso. Pero sin la llamada, el impulso recae, se adapta. Hay que adaptarse; pero a fuerza de adaptarse excesivamente, uno se instala y no se sueltan amarras. Hay que reconocer el sentido de la historia para insertarse en ella; pero a fuerza de adherirse demasiado a la historia que es, se deja de hacer la historia que debe ser. Hay que buscar el perfil de la naturaleza humana, pero a fuerza de calcar las formas conocidas se deja de inventar las posibilidades inexplotadas. Es el proceso de todos los conformismos. Así, al mismo tiempo que modesta, la libertad del hombre debe ser intrépida. Se ha denunciado el espíritu de evasión que aparta de las tareas viriles. En una época cada vez más aplastada por lo que ella cree que son fatalidades, tan roída por la preocupación y la angustia que está dispuesta a entregar su libertad por un mínimo de seguridad, no es menos urgente denunciar el espíritu de servidumbre y sus formas larvadas. Un cierto gusto pasivo por la autoridad, que es signo más de la patología que de la teología, las adhesiones ciegas a las consignas de partidos y la indiferencia dócil de las masas desorientadas revelan el retroceso del hombre libre: hay que reconstituir su especie. La libertad es obrera, pero también es divina. Hay que recordarle la resistencia de los materiales, pero hay que dejarle también su incansable pasión y, a veces, un momento de locura creadora. Es cierto que la libertad no debe hacer olvidar las libertades. Pero cuando los hombres no sueñan ya con catedrales, no saben tampoco hacer bellas buhardillas. Cuando no tienen la pasión por la libertad, no saben ya edificar las libertades. No se da la libertad a los hombres desde el exterior, con facilidades de vida o con Constituciones: los hombres se adormilan en sus libertades y se despiertan esclavos. Las **libertades** no son más que posibilidades ofrecidas al **espíritu de libertad**.

El espíritu de libertad es incansable despistando y reabsorbiendo mis alienaciones, es decir, la situación en la que yo me entrego como un objeto a fuerzas impersonales.

Un amplio sector de estas situaciones ha sido descrito por el marxismo, otro sector entero es desconocido por él. Las servidumbres que golpean nuestra existencia hacen que no haya situación humana que no comporte una alienación más o menos difusa: es propio de la condición humana aspirar indefinidamente a la autonomía, perseguirla sin cesar y fracasar indefinidamente en su logro. Para que fuésemos liberados de toda ocasión de alienación, sería necesario que la naturaleza fuera enteramente inteligible, la comunión permanente, universal y perfecta y que la posesión de nuestros ideales fuera total. Incluso las alienaciones históricas, las que no duran más que un tiempo, nos dejan sin respiro: por cada una que se destruye, surge una nueva; toda victoria de la libertad se vuelve contra ella y llama a un nuevo combate: la batalla de la libertad no conoce fin" (El personalismo, III, 482-483).

3.21.- Hombres de fidelidad e independencia

"Un cierto inconformismo anarquizante y pretencioso sólo denota una inconsistencia del espíritu y una debilidad primaria de los grandes instintos fundamentales. Pero igual que la verdad vive en nuestros espíritus de la duda metódica que esclarece la fe de que busca, la conformidad viva se alimenta de otro inconformismo, positivo y creador, cuyo poder de agrupación iguala la agudeza de discernimiento. Si lo serio es la voluntad de compromiso total, sin engaño ni avaricia, nada es más serio y más ordenado que ese inconformismo. Una educación completa debe formar al mismo tiempo y en un mismo movimiento hombres de fe y hombres de lucidez, hombres de fidelidad y hombres de independencia, fieles y hombres hechos y derechos. Entre las innumerables variantes del sentido de la palabra carácter, hay una que designa el coraje del que, llevando una verdad madurada por el esfuerzo total de su vida, está dispuesto a defenderla, si es preciso, él solo contra todos: nunca ha sido grande el número de estos héroes del carácter, pero pertenecen a esos diez justos que en los peores momentos de abandono bastan para salvar una ciudad" (Tratado, II, 443).

3.22. Persona y familia

"...Como voy a ser padre dentro de un mes, ya ves, esto me da un sentimiento paternal para la reventa que yo distribuyo en el universo. Y precisamente el ser casi padre me da, además, una comprensión de la familia que no es extraña a tus preocupaciones. ¿Sabes el primer sentimiento que ha brotado en mí cuando me he dado cuenta de esta vida nueva que procede de mí? El sentimiento de la muerte. De mi muerte: por esa vida yo pasaba ya a las filas de los que la vida rechazará después de haberse apoyado en ellos. Y también en la muerte, por el sesgo de la fragilidad de la vida, en este pequeño ser al que cualquier cosa, una gripe o una emoción, podría ya aniquilar. Se dice que un nacimiento es la plenitud de un hogar, sí; pero es también su aniquilación: desde que se haya separado de la madre, el niño se separará cada vez

más. Nueva persona, promesa exigente, está ahí para romper los hogares cerrados contra los egoísmos mismos que segrega por la ternura y la entrega, es la eterna protesta de las vocaciones contra las sociedades.

Todo esto es bastante simple cuando la familia es odiosa y el niño está separado moralmente de ella. Tú experimentas que el problema verdadero y difícil de la familia es el de la familia unida, la lucha del amor contra sí mismo, de la vocación centrífuga, no digo contra el egoísmo de la familia, sino contra esa curvatura sobre sí mismo del amor colectivo que nos hace tan difícil el romper los círculos de amigos y los hogares de cariño cuando está en juego una verdadera vocación. No hay que estar demasiado resentidos contra los que nos aman "a su manera", con sus deseos. Creen que nos evitan sus titubeos o sus heridas mediante una conmovedora preocupación afectiva. Hay que enseñarles dulcemente que nadie debe evitar los golpes y las heridas y que solamente cuando los aceptamos llegamos a ser dignos de aquello que ellos quieren de nosotros. Hay que enseñarles arespetar, no nuestra voluntad, sino, con nosotros, las llamadas desconocidas que nos vienen de la vida o de Dios (yo no sé cómo dices tú), que nos enriquecerán más que todos nuestros pequeños cálculos y todas nuestras pequeñas previsiones" (A Illy Karman, 2 de enero de 1938, IV, 695-696).

3.23.- Honrarás padre y madre

"...Has hecho bien abriéndome esa ventana interior. La comunión de dos seres próximos es un estado intermitente separado por zonas apagadas y oscuras, y periódicamente hay que reventar el sedimento que se inserta entre ellos y la misma pantalla de los hechos, acontecimientos y cosas que parece unirlos. Es preciso que un chorro de lavas profundas y ardientes funda este aluvión inerte de los días.

Y esta lava se llama verdad. El corazón y la verdad no marchan a la vez. Ocurre que el odio, o simplemente la agresividad, es terriblemente más lúcido que el afecto demasiado abandonado a su aire, El afecto es dulce y acomodaticio, dispuesto a la componenda y a la ilusión que todo lo bendice. Le gusta dejarse mecer por un ronroneo florido de palabras engañosas. Se convierte en un cadáver ambulante. Se establecen los silencios y las constumbres de callarse juntos sobre las mismas cosas o de intercambiar acerca de ellas las mismas palabras convenidas y usadas. Este vocabulario tiene el aspecto de vivir y de hacer vivir, pero en realidad se coagula lentamente y esclerosa las mismas fibras de la vida al segregar su tejido.

Es así como pienso que se secan muchos matrimonios sin darse cuenta. Nosotros, que tenemos la suerte de conocer hogares vivos, sabemos cuánta vigilancia deben tener los mejores de ellos para no dejarse introducir entre "tú y yo" esta película insensible, resultado de todos los silencios no aclarados, de todas las rebabas del corazón y el lenguaje, de los recortes de todo lo que en nosotros no es personal, vigilante, lúcido y amante.

La dificultad no es la misma en todas las situaciones. En una pareja dificultad es la trivialidad de la vida cotidiana y la presión de la promiscuidad, que defloran el milagro

de la vida. Entre padres e hijos el obstáculo es más bien la diferencia de experiencias, a veces su alejamiento en el espacio, que hace más difícil aún su comunicación. Las experiencias se comunican mal o demasiado deprisa. Se las deja fluir más o menos perezosamente bajo las relaciones habituales y bajo las canciones recordadas desde la infancia, agradables y fáciles. Si se continuara así interminablemente, se acabaría por hablarse siempre de la forma más afectuosa del mundo, se seguiría sintiendo los sentimientos más cálidos, pero en una especie de vacío, de ignorancia mutua y profunda, una especie de mentira vital.

Es aquí donde hay que volver a la verdadera naturaleza del afecto. Este no existe para ser felices juntos, sino para ser más juntos. Es la ley del más del crecimiento espiritual y de la verdad que hace daño, es el sacrificio que hace daño, la lucha que hace daño. "Mi reino no es de este mundo" implica que la armonía no es de este mundo; cualquier afecto demasiado armonioso, cualquier acuerdo demasiado constante, cualquier dulzura demasiado sistemática, cualquier optimismo demasiado acomodaticio están parcialmente tejidos de mentira.

Deberíamos medir la profundidad de los afectos por las alegrías mutuas que nos damos, ciertamente, pero también, y no exagero, por las heridas que nos producimos. Hay heridas inútiles, las que proceden del choque de los egocentrismos; está claro que hablo de otras, de las que son necesarias para no vivir en la mentira y para despertarse mutuamente del sueño de la costumbre...

Lo que es grande es el deseo de amarse y la lucha por el amor. La transfiguración del amor, la beatitud del amor la concede un milagro de vez en cuando.

Parece que estoy muy lejos de la vejez. Pero estoy muy cerca de tí; pues lo que cuenta en una apertura como la que tú me concedes sobre tu experiencia de la vejez no es el sujeto subjetivamente tomado, es la iluminación de un tú amado en su verdadera dificultad bajo las ilusiones de la vida y del cambio. Y porque he sentido esta iluminación me he parado en ella y en la necesidad de mantenerla entre nosotros como un clima de permanente afecto. Desde hace algunos años, el "honrarás a tu padre y a tu madre" tiene para mí el sentido de una experiencia muy precisa. "Tú los verás envejecer", tú vivirás una vida forzosamente desfasada de la suya, tanto más cuanto que, además de la edad, el empuje hacia adelante que ellos te han dado con el sudor de su esfuerzo te ha colocado en un ambiente y en un estilo de vida diferente del que ellos vivieron en su juventud, del que ni siquiera se acuerdan, ni tienen una experiencia total. Los medios de comunicación entre vosotros disminuirán no sólo con el espacio, sino con la divergencia de vuestras vidas. Lo fácil sería continuar, como si no pasara nada, pronunciando las palabras de tu infancia y dejando madurar bajo ese charloteo una comunicación íntima sin reconocerlo nunca. Entonces dejarías que se estableciese entre vosotros esa indiferencia, aunque fuese una indiferencia que canta y acaricia. Ahora bien, la indiferencia es tratar al otro como a una cosa, aunque sea una cosa agradable, y no tratarle por lo que él es. "Honrarás a tu padre y a tu madre", no les inflingirás el deshonor de dejarlos a su aire, de consentir con aquello que ignoran de tí y dejar que no tengan de tí más que una imagen artificial y falsa. Como la vida nacerá entre vosotros de experiencias y problemas nuevos, no podrás dejar de hacerles daño

si quieres continuar manteniendo agarradas vuestras luchas desafinadas, pero este mal es necesario para el alumbramiento de un nueco afecto, y es cien veces más respetuoso y cariñoso que la falta de respeto del dejar pasar las cosas...

Dejemos entonces de mantener artificialmente esta primera forma de cariño nuestro que ha cumplido su tiempo, que es hermosa en su tiempo, pero que más tarde sólo es gesticulante, y establezcamos hoy esta cosa mucho más bonita y mucho más fuerte: el cariño de un hombre en pie y de una mujer en pie por un hombre en pie, salido de su trabajo y volviendo a ellos con el suyo. "Honrarás a tus padres" quiere decir que les ayudarás a lograr esta transfiguración. A tí te es más fácil que a ellos, pues tú estás empujado por la misma exigencia de la lucha que te ocupa cada día, pero los recuerdos que ellos tienen no son todos de tu infancia y cuando piensan en tí no tienen las manos llenas de tu infancia, como tampoco de tu vida actual, que se les escapa por la distancia misma en su sustancia cotidiana. "Honrarás a tus padres", es decir, que les ayudarás con tu juventud a vencer su vejez. No les dejarás hundirse detrás de la barrera de su debilitamiento, tú demolerás constantemente este muro que hay ante ellos, en la medida en que esto depende de tus fuerzas..." (A su padre, 28 de abril de 1943, IV, 883-885).